

860-3

RUE

ry

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**

SALVADOR RUEDA

LA REJA

NOVELA ANDALUZA



R. 10.581

MADRID

POGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1890

DONATIVO. 10-1-1960

Es propiedad de
Queda hecho e
que marca la ley.

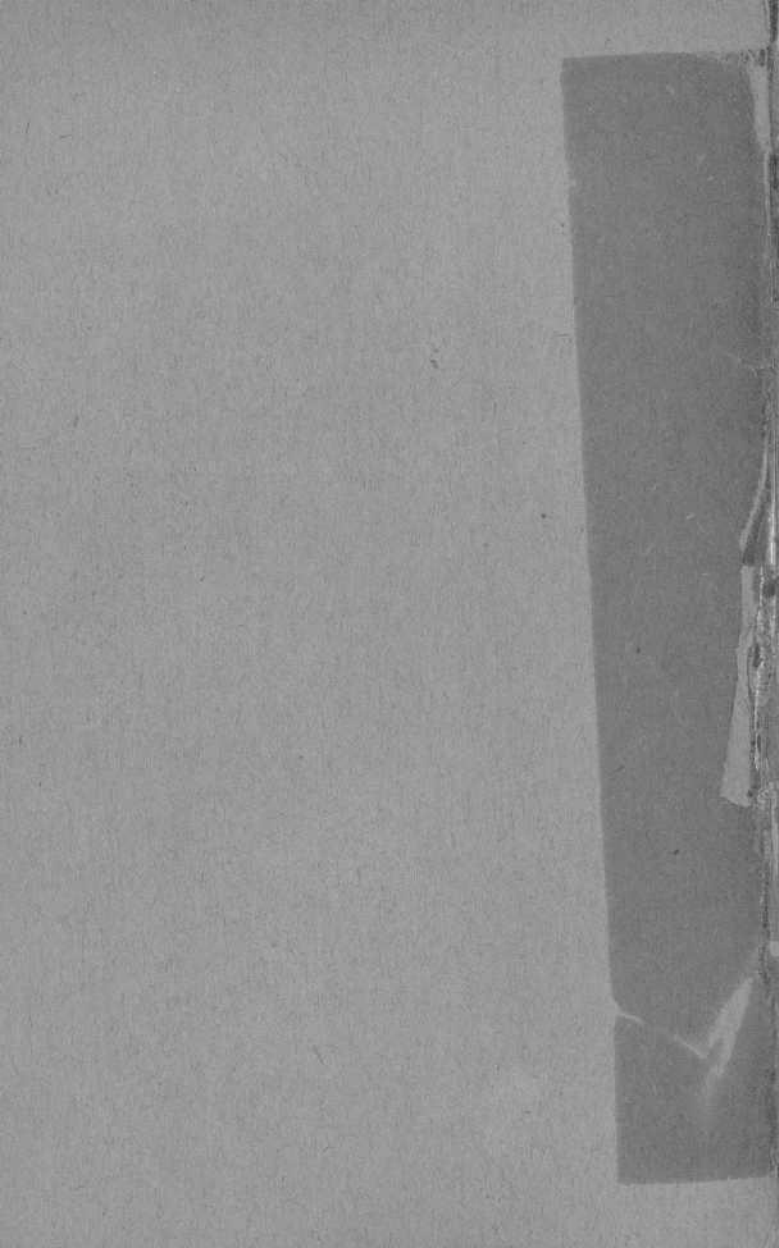


Á LOS AMERICANOS

EN TESTIMONIO DE PROFUNDA SIMPATÍA

Salvador Rueda.

Madrid, Marzo 90.



SANTANDER 12 DE ABRIL DE 1890.

Sr. D. Salvador Rueda.

Mi querido amigo: Devuelvo á usted por este mismo correo las capillas, certificadas, que recibí anteanoche, de su novela LA REJA. Al remitírmelas con el fin de que yo conociera la obra antes que el público, deferencia que no sé cómo pagarle, quedaba usted

*

pidiendo á Dios que el nuevo libro me gustara hasta el extremo de merecerme él sólo todos los elogios que he hecho de algunos de sus hermanos mayores. ¡Lástima que el ruin objeto de sus mal colocadas ambiciones no sea sorteable en la lotería de Navidad! Porque si lo fuera, ya le había *caído* á usted el premio *gordo*. LA REJA me gusta, y no así como quiera, sino mucho, muchísimo, hasta por la sencillez de su trama, que permite recrear la atención sin menoscabo del interés, en los hermosos fondos del cuadro, cuya riqueza de colorido en unas partes, y de *racional* y honda poesía en otras, no tienen precio. Ni las personas que allí se ven, ni el pleito que se ventila entre ellas, son cosas del otro jueves; pero *el aire* de la *casta* y el modo de *pleitear* de cada uno; el paisaje; el sol; el ambiente, ora *terral*, ora *salino*,

en que los envuelve el pintor-poeta, todo ello en conjunto y cada cosa de por sí, dando al cuadro verdadera realidad artística, es lo que levanta cien codos sobre lo vulgar y lo insignificante. Ello resulta poco en cantidad, si es lícito medir el *tamaño* de las obras de arte; pero en calidad, de la *superfina*.

Teme usted que me disguste la gigante *Anona* por lo que tiene de sensual. Mal temido. Precisamente me disgusta por lo poco que, á pesar de su talla, se la ve en el libro. Á mí no me asustan esas cosas en las de imaginación, como usted sabe. El arte tiene medios de sobra para presentar lo que en letras de molde no puede venderse sin receta, en dosis que no envenene, ni repugne, ni siquiera manche. Lo que no acepto, lo que condeno con toda mi alma, es que sobre

un caso de esos de *higiene*, de histerismo sucio, se haga un libro entero con presunciones de obra de arte, y se aguce el ingenio y se despilfarren las horas para revolver lacerias de la vida humana que tienen su tratamiento natural y lógico en los libros científicos y en las casas de salud... y hasta en la Galera de Alcalá.

Volviendo á LA REJA, que felizmente para usted está limpia de porquerías de esa clase, le repito que me gusta mucho, y le añado que le ha salido á usted muy galana la cuenta que se echó al proponerse, como me dice en su carta, "hacer algo de tierra, algo de mar y algo de salsa española." De todos estos ingredientes le ha resultado á usted, á mi modo de ver, bastante más de lo que en sus modestas aspiraciones esperaba, particularmente del principal de ellas, de *la*

salsa, que es mucha, andaluza legítima y, por ende, española neta.

Si no me engaña la memoria, al hablarle á usted pocos días hace de su otro libro recientemente publicado, *Granada y Sevilla*, ponderando ciertas dotes de ingenio que lucían en él, le manifesté deseos de verlas empleadas en una novela de costumbres lícitas y corrientes en el mundo real y verdadero, porque creía que había de salir usted muy airoso de su empeño. ¡Cuán lejos estaba yo entonces de sospechar que ya tenía usted en la mano las pruebas irrecusables de que no me equivocaba en el supuesto!

Cuento con que no ha de serle sospechosa la sinceridad de mis elogios de hoy, porque de ella responde la dureza con que le traté en otra ocasión que ni usted ni yo hemos olvidado: usted por lo que le dolió la paliza; yo

por la pena de dársela, aunque forzado por su exigencia de que no le ocultara mi sentir. Declarésele sin ambages, porque no sé hablar de otra manera. Así, ó callarme la boca. No lo puedo remediar.

En conclusión, y pues que tiene usted el mal gusto de dar demasiada importancia á los míos, ya sabe usted el camino; esa REJA abre hacia él precisamente. Amplio y dilatado es hasta lo interminable, y estímulos le adoran para todos los transeuntes *de buen andar*, como usted, que además es joven y animoso. Con estas condiciones puede usted llegar muy lejos... si no se deja tentar, andando, andando, del demonio de las *novedades*, de los resabios de *escuela*, y cae en el amaneramiento, que equivale á romperse la crisma.

Conque adelante, y á otra "para

que se cumplan las profecías.” Entre tanto, mil enhorabuenas y un abrazo de su amigo y compañero

JOSÉ M.^A DE PEREDA.

LA REJA

I

Á TIENTAS

Ya había puesto la tranca á la puerta el padre de Rosalía, llamado entre la gente de Guedeja el tío Justo, que era avaro cuanto receloso, y tosco de cuerpo como de alma.

Poco más que la tranca alzaba del suelo el huesudo y rehecho hombre.

Su cuerpo, de la chata figura de un tapón, dejaba adivinar el engranaje de huesos como una urdimbre de bronce.

Dominaban al tío Justo dos pasiones: la

avaricia, y un apego increíble al trabajo. Labraba su huerto, cavaba su viña, remendaba su casa, y todo lo hacía con la ceguera del cerdo, que mete la palanca de la jeta en el suelo y levanta y tritura las pizarras.

Su cara tenía la expresión de la del hombre que mira de soslayo y anda de igual modo para caer por la espalda sobre su enemigo. La intención, una intención que era casi instinto, iba derecha al objeto; pero la mirada dijérase que hacía *ángulo* en el camino.

Cuando este hombre supo que su hija tenía relaciones amorosas con Bernardo, mozo á carta cabal aunque fosco, pero sin la posición que para sí quisiera la ambición del tío Justo, miró á Rosalía como si fuera á atravesarla con los ojos, y bajando y reconcentrando la voz—manera suya de expresarse,—dijo con un resuello hablado:

—Melnardo te jace morisquetas y carran-

toñas, y trata de engatusarte. Una cosa via ecirte; es que no quió novio, y menos ese ejambrio que no tiene onde caerse muerto.

Pero cuando esto sucedía estaban ya Rosalía y Bernardo, como si dijéramos, encajados moralmente uno en otro, y de tal modo, que el amor no había dejado señal de la juntura.

Ella esperaba temblando las horas en que todo busca su ley de gravedad en el sueño, para salir á la reja y hablar con él, mientras se deslizaba con andar no sentido la noche. Sabía tío Justo que su hija seguía enamorada de Bernardo, y acechaba á toda hora, receloso y brutal, el momento de cogerla en callado palique con el mozo.

Rondaba la reja como grajo la carne muerta, y sólo cuando en el fondo de la sombra hervía á medianoche el concierto de levísimas voces del silencio, dormíase con sueño de plomo.

Hasta para dormir era atroz aquel hom-

bre pequeño: su espíritu caía en los abismos psicológicos como una piedra en la sima; habría que darle con un mazo para despertarle.

Despeñado se hallaba en uno de estos sueños, y también dormía á pierna suelta toda la familia, la noche en que, tras de varias de no verse, había citado Bernardo á Rosalía en la reja.

El trayecto desde el cuarto de ésta á la ventana era un camino erizado de obstáculos. ¡Qué mujer no le ha recorrido para asistir al suave coloquio de la reja!

Para acudir, tendría la moza que saltar sobre camastros tendidos en el suelo, rozar casi la cabecera del lecho de su madre, escurrirse bajo el catre donde el padre dormía, y correr toda suerte de peligros conteniendo la respiración y acallando los leves crujidos de la ropa.

La reja daba á una calle, que tenía por límite el campo. El aire mecía á aquella

hora entre los hierros las tres mil campanillas de una profusa enredadera, que parecían tocar á gloria por las fiestas invisibles que las cosas celebran á medianoche.

Nada turbaba el reposo del pueblo, blanqueado de un modo fantástico por la luna.

Las pizarras lejanas que en las laderas fingen bajo-relieves con figuras y diseños, caballos lanzados á la carrera, lanzas en combate y cuanto quiera idear la fantasía, sostenían una leve «escarcha» de luz que el astro tendía sobre ellas.

Los vallados de pitas que cercaban por todos lados el pueblo, los moños de chumberas que simulaban fantasmas y visiones, los ramajes lóbregos de la cañada donde cantaba algún desvelado ruiseñor, y el anillo de montañas, altas y mudas, que encerraban el cuadro sombrío y medroso, daban al pueblo el aspecto de un coliseo en ruinas que hacía más misterioso el sosiego augusto de la noche.

Rota la colosal gradería por el lado donde se seguían tristes y solas las cruces del calvario, aparecía un ancho fondo de mar, en cuya superficie temblaba un plateado reguero de chispas de luna.

En las ventanas goteaban con largas intermitencias las regadas macetas de albahaca, que esparcían su aroma en el aire, unido al original y picante del clavel.

Son éstas las noches en que las cabezas juveniles se llenan de sueños y en que los ojos buscan las estrellas para descansar en sus luces como sobre amantes pupilas de mujeres.

La reja de Rosalía, abierta á causa del bochorno, parecía altar dispuesto para decirse en él la misa del amor.

Pendía de un clavo la alcarraza goteante de trémulo rocío; cabeceaban los claveles á los golpes del aire, saludando á algo invisible que pasaba; dormía en la varilla el canario convertido en maravilloso equilibrista;

escondíase en lo alto del umbral, como telón rizado, la persiana; y el follaje de las tres mil campanillas escondía y agraciaba la reja, como el cabello en desorden agraciaba un rostro de mujer.

Allá adentro, sondaba Rosalía con los brazos, puestos en forma de balancín, la sombra, y se disponía á emprender su carrera de obstáculos hasta llegar al lado de la reja.

Cuando tocó el quicio de la puerta, ya fuera del lecho, apoyó en el muro la cabeza queriendo venir al suelo de emoción. En la sombra creía ver musarañas luminosas, juegos de claridad que titilaban un momento y se desvanecían haciendo resaltar con más intensidad las tinieblas.

Aplicó ansiosa el oído.

La respiración de su madre, que dormía en la estancia inmediata, sonaba con el ritmo plácido que indica el reposo absoluto del cuerpo.

Valida de la vista del tacto, que lleva un ojo sin retina en cada dedo, palpó la pared que á la estancia conducía y alargó el pie desnudo con esa instintiva inteligencia de la materia.

Cerca del lecho de su madre la conciencia le trazó una interrogación en la sombra; pero la imagen de Bernardo, que se alzó de pronto en su cerebro, sustituyó el signo por una afirmación, y la desvelada siguió su lento camino de tropiezos.

Fuera de la estancia, dió vista á un extenso corral, con puerta al campo, donde dormía el ganado bajo techos de cañas y donde exhalaba un espeso vegetal su fragancia: de él voló, con un rechinante ruido de alas, un pájaro de la noche.

La mujer estranguló un grito en la garganta al sentir aquel ruido, y recibió una sacudida en los nervios que se los dejó vibrando como campana.

La sangre corrió por su cuerpo huyendo

á refugiarse en el cerebro, de donde cayó con pesadumbre al corazón.

Muda permaneció algunos instantes.

Durante ellos, creyó que se había petrificado: largos le parecieron los momentos, hasta el extremo de creer que ya no estaba allí, que aquella escena había pasado hacía tiempo, que soñaba, que el hilo de la vida se había roto, y que ella iba envuelta en un rodar de horas sin medida.

Para romper aquellos *siglos* de quietud echó nuevamente el paso y penetró en la habitación del hermano. No oía la respiración de éste, pero llevando todas las facultades de su ser al oído, adivinó, mejor que oyó, el compás largo y callado del aliento, que revelaba una absoluta paz en el espíritu.

Siguió. Sus manos hendían la sombra dando paladas á manera de remos en las olas. De vez en cuando tocaba el muro, cerca del cual se deslizaba.

Al llegar á la cocina, á cuya puerta se hallaba extendido el catre del padre, percibió fuera, allá en el cañaveral de la hondonada, el bronco concierto de las ranas, que á aquella hora cantaban sobre las piedras del estanque devolviéndose unas á otras la canción.

Inclinó el cuerpo para pasar bajo el lecho: una codorniz, encerrada cerca, en la jaula, atolondró de pronto sus oídos con tres golpes de tímpano, que cortaron el silencio y llenaron el aire de ondas sonoras y alegres.

La cara le blanqueó á la mujer de miedo en medio de la sombra. Se irguió con el repetido temblar de una fuente y se apoyó en un objeto que había sobre una silla. Era la pistola que ponía el tío Justo cerca de su lecho por si era asaltado á deshora.

La idea del arma, llegando por conducto del tacto á su cerebro, le hizo lanzar un pequeño grito.

Trepidando dentro de sí misma se llevó las manos á la frente, que es donde busca apoyo el espíritu cuando vacila.

Era morir aquella situación.

Un ruido, un golpe dado en un mueble, un tropiezo cualquiera podían despertar á su padre. Entonces, tomándola por un intruso, era evidente, la haría rodar al suelo disparando el arma sobre ella.

La emoción huyó por su cuerpo haciendo temblar el complicado ramaje de sus nervios.

Necesario era que tuviese un inmenso amor á Bernardo para afrontar aquellos peligros.

Las angustias supremas que pasaba eran sólo las de la ida. De regreso le esperaban los mismos sobresaltos, los mismos temores, y el riesgo de ser vista sería mucho mayor, porque se separaba de la reja cuando por el lado del mar temblaba el primer reflejo del día.

Midiendo el peligro en que se hallaba, se pegó trémula de miedo al muro, semejante á un bajo-relieve, y contuvo la respiración.

Otra vez volvía á perder la idea del tiempo, del sitio, de la escena: su naturaleza parecía volverse de mármol, según lo petrificado de los músculos.

Á poco, desentumeció el cuerpo, que crujió por las coyunturas de los huesos como si la larga quietud de un siglo hubiera soldado las junturas.

Lejos oyó un rumor levísimo, un murmullo en el que parecían venir sonidos metálicos, zumbido de gritos y de voces, golpes de tos que conducía, borrosos, el aire, y rumores de patrulla, en fin, que á semejanza de los de una multitud, venían, avanzaban, destacaban entre sí ecos de ecos, risas de risas, acentos de acentos: era una alegre parranda que iba de reja en reja, dejando en los desvelados oídos de cada

moza una copla sentida y un arabesco de notas.

¿Se pararía delante de su reja? ¿Tendría la mujer que retroceder á su cuarto antes de que el padre volviera del sueño?

Un mozo cantó á lo lejos esta copla, con voz que llegó atenuada y débil á los oídos de Rosalía:

En el altar de tu reja
digo una misa de amor;
tú eres la virgen divina,
y el sacerdote soy yo.

—¡Es Alejo!—habló con el pensamiento la mujer, reconociendo la voz del que cantaba.

La belleza de aquel inesperado efecto que rompía el silencio de la noche le hizo olvidar un momento su situación.

Á pesar de su estado de angustia *alargó* el oído hacia la fiesta, y quedó en suspenso aguardando.

Otra voz dió al aire esta dramática copla,
cuyo final quedóse borrado en la distancia:

Que no me den tal suplicio
mándale á tus ojos negros;
ellos, firmes en matarme;
y yo, más..... en quererlos.

La parranda cruzó el fondo de la calle y se alejó en dirección opuesta, llevando consigo sus ecos plañideros y sus coplas profanas.

La moza volvió á «hundir» los oídos en el silencio.

Inclinó de pronto el cuerpo con heroica decisión, pasando bajo la cama del padre, y se halló en la cocina, frente á frente á la reja.

Fuera se deslizó un bulto y vino hacia la pared adoptando precauciones y cautela. Era la figura de Bernardo, que, hundiéndose entre el follaje, aproximó la cara á los hierros.

Un figurado repique triunfal alzarón las tres mil campanillas, que temblaron de gozo al pasar corriendo por ellas la delicada mano de la brisa...

II

PELANDO LA PAVA

—¡Ay, qué angustias, Bernardo!—gimió, apenas llegó á la reja, Rosalía.—Pisando sobre la voluntá mesma pa no jacer ruío, ni sé cómo llevo á echarte los ojos encima.

—¡Y ganas que había yo reunío de cruzar los míos con ellos!

—Si lo dices con sorna, sabe que no es mía la culpa.

—No digo que la tengas, pero en días

del mundo te alvierto que esto no pue seguir asín.

—Pues ya lo ves tú. Á pesar de que mi padre se opone á que nos queramos, corro estos peligros por verte.

—Duro es tu padre y cabezón, pero ya sabes la copla que dice:

Una gotera continua
ablanda un duro peñón.

Quió decir que, puesto que yo aino, aina tamién tú y gánate palmos y terrenos.

—En ello tengo los cinco, pero con mi padre no valen razones; na puen lágrimas contra piedras.

—No me quíe por probe, jél, que marca por suyo cuanto mira! Pero anque me cubre jergueta, que no fino vestío, y no traigo justillo jaquelao, traigo sí quereres jondos y verdaeros.

—Lo sé de sabío y no es menester repetirlo; pero ve con esas á mi padre.

—Pues ello es que hay que ganar terreno.

—Tú dirás cómo.

—Estar en un pie es padre del conseguir, y el que vela, con más razón espera que el que duerme.

—Muy á lo sabío platicas y asotilas la mente, pero te digo que no encaja tu discurso.

—Pues por las veras del amor que te tengo te lo juro; no por buenos respetos á tu padre he de dejar de jacer una temería si la cólera me se sube á los altos.

—Eso sí que no lo consiento.

—Si se empeña en no dejarnos vivir, te digo que jaré lo que sinifico.

—¡Ay, Bernardo! ¡Cuándo llegará el día en que esto se dé por finío en bien.

—De ese talle me viera, que no aquí de solo á solo y con la reja promedio. Mas, cuando hasta me paece... que no eres conmigo la mesma.

—¡Que no soy! ¿Por quién sino por ti salgo á la reja, cuando mi padre me la tiene prometía?

—Pos una cosa via ecirte.

—¿Qué?

—Que tengo entre ojos... vamos, que creo que no me quís como antes.

—¡Jesús María!

—Dicho está y no me retrato.

—Días de ver á Dios hay, Bernardo, y entonces has de saber cómo te quiero.

—Mientras que aquí no sea...

—¿Qué más quieres que jaga?

—Soy un jauto, lo sé; un jíbaro apegao al terruño y no á la letra, como esos presumíos que te enamoran con gusto y venia de tu padre.

—¿Y qué me importan á mí esos?

—El uno, Antolín, ata el caballo á tu reja enterrao en jaeces y abalorios, y el otro, con el achaque de primo vengo y te veo; con el aquel de que tu tía gusta oír las

gracias de Primores, éste se te entra por las puerta y venga de la fabla.

—No hay peligro en na de eso, Bernardo; si el uno ata el caballo á mi reja y el otro viene á dejarme sus decires en el oío, á mí quien me gusta eres tú; y antes que vestir jamete y tener los tantos y los cuantos, prefiero tu probeza y el cariño que en ley de Dios me tienes.

—Sí que te lo tengo. Jaz tú como yo, que me abrazo á lo que quiero y no lo suelto.

—Ya sabes que en ese punto tampoco me dejo vencer.

—Pos toma bien de memoria lo que digo: tu padre pone los ojos, antes que en tí, en la pecunia. Primores, su vivir tiene y su puñao de onzas, manque al hablar no tenga mas que chanfaina; Antolín, por el caballo que monta y por las seas que le cuelga, bien se ve que tamién le tocó algo de hacienda, si no es que le tocó mucho. Yo soy el que

no he tener en la vía cosa de argén, porque un puñao e tierra y una barca no jacen la suerte de naide; conqu eersamina tú este juicio á ver lo que risuerves.

—Resolvío lo tengo dende tiempo; naide vale pa mí ante tú; y si mi padre me enfada la vía y no me quita lo amargo de la boca, lo llevaré con pacencia, pero seguiré esperando á que esto puea acabarse en bien.

—Pues ello es que hay que eterminar casarse.

—¿Sin la cosentía?

—Escansa en mí, que, como saco palante la raya del arao, sacaré esto tamién derecho.

—¿Piensas en un *sacorio*?

—Acertates. ¿Qué ices á ello?

—Sería una campaná en el pueblo.

—Y gorda, pero hay que tener pecho.

—Es que eso es escaparse de la casa.

—Sí, pero en siendo depositá y viniendo

por tí, en caballos que bien juyan, padrinos, testigos y el juez...

—Con to, piénsalo bien, Bernardo. Á la fin del mundo iría yo contigo en tú queriendo, pero ya sabes las jablillas lo que son, y además que, si por mi padre menos, por mi madre, que no tiene culpa, no quió comportarme asine. Luego...

—Luego ¿qué?

—Que me paece... vamos, que me paece que eso no lo manda Dios.

—Dios es quien lo dita cuando contra lo que es güeno y santo se oponen hombres como tu padre.

—Pero es mi padre al fin.

—Á los perros mismos lo echaría yo, manque así sea.

—Ármate de pacencia, Bernardo.

—Yo soy de ese corte y asine. Me pisan y callo; pero en la indinación sintiendo, estrangalaría al Pleste mesmo de las Indias si á mano lo hubiera.

—Menos mal tú que no oyes su cantata.

—Bien que la oyo, pero po un oío me entra y po otro me sale. Y escucha, que yo llevo puesta la mira en lo que importa: pa risolverte á ejar la casa tómate los días que quieras, no siendo muchos; y si lo que risuelves es lo que debes, sábeta que esco-mienzo á preparar el sacorio pa que sea en las fiestas e la Virgen.

—Es que estamos en vísperas, y las cosas jechas de prisa mal salen; más vale revina-yo, Bernardo.

—Revinao y más que revinao lo tengo. Con la casucha mía hay pa que los dos vivamos, y á mi agüela debo la fineza; por otra parte, mi jornal, ganao con la barca, da pa el garbanzo y el pan; conque, si tu no lo ices, no veo más cabos que atar.

—No paece sino que algo te ataraza.

—Así es y dígolo así.

—¿Qué te pasa? Habla.

—Mil fantasías celosas me conturban.

—¿Vuelves al tema?

—Y volveré.

—Pues ¿sabes lo que digo? Que no me entones más ese ensalmo y que vacies de pantasma la cabeza.

—Es que traes al redopelo toas las voluntades y memorias, y aunque sea sin querer se fijan en tí mozos y viejos.

—Trabajo les doy en que miren.

—Pues eso es lo que no quiero.

—No me des más tártago con ese son, hombre.

—Tártago y muerte daría yo á quien te tocara á la vira del zapato.

—Si quieres, créeme; toma pacencia y no me desmenuces así con los ojos; to sa de arreglar como desees.

—Pero que sea pronto, Rosalía, piénsalo.

—Lo pensaré. Y adiós, que escomienza

á clarear el cielo y no quiero que nos vean en la reja.

—¡Mal rayo parta al día, que siempre ha de venir antes de tiempo!

Y desembocando de pronto en la calle la parranda, que durante el diálogo estuvo sonando á lo lejos por distintos sitios, cortóse la plática amorosa y quedó desierta la reja.

Bernardo se deslizó apresurado rozando las plantas del muro; Rosalía hizo otra vez instintivo balancín con los brazos al empezar el regreso á su cuarto; y el propio Primores, que venía al frente de todos los mozos arrancando arabescos de notas á las cuerdas, dió al aire esta copla dirigida á Rosalía, que salió de sus labios envuelta en un andaluz jaez de escalas y suspiros:

Para llamarme Primores
no jayo ningún derecho;
para primores tu cara,
y para ingrato tu pecho.

III

EL ADIÓS DE LA PARRANDA

Tenía razón en lo que cantaba el mozo.

La hija del tío Justo era lo que se llama un primor de bonita, una moza como un oro.

Sólo que también era cierta la última parte de la copla. Cierta, bajo el punto de vista desde que tomaba el asunto Primores, que ignoraba toda la risa que producía en la muchacha su pasión, y lo que era indife-

rencia en ella, tomábalo él por las piedras y abrojos de que todo enamorado gusta adornar el camino de quien adora.

Pero á bien que para algo puso Dios en la conciencia del mozo la persuasión de que no había en todo Guedeja moza en la edad de merecer, casada no satisfecha de la unión conyugal, y jamona que soñara con el matrimonio, que de él no se enamorasen; y para mayor seguridad de esto, poseía charla viva y alegre, y figura que era la propia majeza en punto á no desviarse una línea de los ritos del andar corto y pulidamente, de aparecer airosa y macarena en el baile, currutaca al liar con detalles mil el cigarro, encorvada con arte al hacer hablar, en medio de un corro de mozos, á la guitarra, y modelo, en fin, de lo lindo, gallardo y pulido, y de todo lo que es un mozo lleno de finura y circunstancias.

Barredor de corazones, sabía ceñirse como ninguno los artísticos pliegues de la

faja; tiraba las cañas sin marrar una vez el golpe; entretenía con embelecocos la atención de cualquier mozuela, de modo que le dejaba en suspenso voluntad, razón y memoria; liábase la capa dando prodigios que ver á los ojos, y era el único mozo que se vió en punto á saber coplas, motetes y decires, y pintiparado para echar un romance en medio de una fiesta, con mucho de accionar á lo majo y de engallar y mostrar por los cuatro lados la persona.

Pasando Rosalía por ser la más delicada flor de Guedeja, claro es que no podía Primores estar sin hacerle los guiños consiguientes y las carantoñas de hombre enamorado, todo con gusto y venia del tío Justo, que detrás de los abalorios y prendas del mozo adivinaba una buena olla de onzas soterrada en sitio seguro.

Imposible era que saliese á la calle una parranda, más si en ella iba punteando la guitarra Primores, y dejara de llegar á la

reja de Rosalía, y allí el mozo echara todas las despedidas imaginables, desde *la que Cristo echó en el coro*, como dice la copla, hasta *la que echan los marineros*, pasando por la que echan los albañiles, hortelanos y demás seres del género humano.

Apoyando la pulida punta del pie en una piedra de la calle y haciendo arco gentilísimo con el cuerpo, cantó el enamorado Primores la primera despedida á la ventana de la moza, y dijo, haciendo correr un hilillo de notas por las cuerdas:

La despedía te echo,
la que Cristo echó en el coro;
adiós clavel, adiós rosa,
adiós maceta de oro.

No sabía Primores qué despedida era la que Cristo había echado en el coro, y de seguro no lo hubieran sabido tampoco, caso de habérselo preguntado, los demás mozos

de la parranda; pero la copla fué recibida con una explosión de entusiasmo y los requiebros consiguientes al mozo.

Otro de la parranda, con voz enronquecida de lanzar coplas, siguió al cómico pretendiente de Rosalía y se despidió de este modo:

La despedía te echo,
no te la quisiera echar,
pero se apaga la luna
y las estrellas se van.

Poniendo de pronto el grito en el quinto cielo, gorjeó un gansazo, Alejo, mozo que partía las almendras con las yemas de los dedos, esta fresca copla, y ya era el tercero que se despedía:

No quisiera, luz del alma,
echarte la despedía,
pero ya canta la alondra,
señal de que viene el día.

Tres casas más abajo de la de Rosalía, mascaba bilis y bufaba de cólera Bernardo, viendo lo cumplido que todo el mundo quería estar con su novia, pues ninguno consentía alejarse sin antes haberse despedido.

Cosquillas hacíanle en el alma los celos.

Sus ojos llameaban en la sombra, y hubiera querido hacer una de pópulo bárbaro en la parranda.

Lo que más reconcentraba su enojo era que, á provecho de su gusto, se pavoneara ante la reja el acicalado Primores llamando á la que Bernardo quería con toda el alma niña de plata, niña de oro, y otros embelecocos por el estilo, sintiendo el corajudo mozo cómo revoloteaba en el aire una bofetada que buscaba un carrillo donde dar.

Bien es verdad que Primores no se había percatado de aquellos amores de Rosalía y Bernardo, al revés de todo el pueblo, y en esta dichosa ignorancia batía y redoblaba en el yunque, mostrando la hipérbole

de su pasión; que si de otro modo fuera, él, que no usó jamás palabra descompuesta, sino que las pensaba y acicalaba antes de que salieran de sus labios, hubiera enfundado su cariño hasta mejor ocasión con cierta *inquietud* impropia de mozo de tales prendas, y hubiera entonado sus coplas á la luna ó á otra moza, porque él tenía que entonárselas á alguien.

Como nada sabía de esto, y su garganta por otra parte lo hacía bien de veras en eso de colgar á una copla en forma de alegres fermatas todos los caireles, flecos y morillas de que ha de ir revestida, estremeció de gozo los aires con este cantar, que arrojó haciendo primoroso canuto con la boca y dándole al rostro todo el acentuado carácter que requería:

Despierta, niña preciosa,
que estoy llamando á tu reja,
y quiero darte mi adiós
antes que el día amaneja.

No solamente se hallaba despierta Rosalía, sin necesidad del aviso de Primores, y con los ojos de par en par—como que aún no comenzaba el regreso á su cuarto, y temía que el padre se despertara,—sino que al tumulto de voces que acogió el cantar del mozo, oyó que se sentaba en la cama el tío Justo, azollispado como bestia á quien pica la mosca, el cual *blandió* los ojos en la sombra como dos llameantes espadas.

Rosalía tembló con emoción terrible y se apoyó en la pared cerca del lecho del padre. La idea de que allí próxima estaba el arma de fuego que el hombre ponía cerca del lecho para en caso de defensa, la sacudió con fuerza espantosa y le puso en la boca un irresistible deseo de gritar.

Permaneció muda, sin embargo, y aguardó hasta ver qué sesgo tomaba el incidente.

El tío Justo aplicó el oído para persua-

dirse de los mozos que iban en la fiesta. En medio de la biliosa acritud del despertar quedó en suspenso y procuró llevar la evidencia á su razón.

Cerca del día, las voces que han cantado durante la noche son difíciles de reconocer.

La vibración cascada que les da la continua libación, el timbre gangoso y nasal que pone en la voz la madrugada como si le produjera un leve resfriado, el cansancio de ideas que transmiten su entorpecimiento á la lengua, y los ruidos que vienen de todos lados, tales como la canción de la rana en el charco, el golpe de tos del desvelado, el rumor de la bestia en la cuadra, hacen que percibamos lo real como un sueño y que una niebla rodee el pensamiento, dislocando las impresiones que llegan al cerebro.

Al olfato del tío Justo, cuando se hubo sentado en el lecho, llegó el olor intenso á verano que entraba de fuera y que se difun-

día por la casa, y mezclados y confundidos percibió instintivamente el olor á era llena de espigas, á pasas tostadas por el sol, á fermentación de vinagre que en las tinajas producía su rumor misterioso y á exuberancia de vegetación que por todas partes se derramaba.

No hizo alto en esto, atento como estaba á lo que sucedía en la calle.

La parranda seguía revelándose del mismo modo.

Gritos estentóreos; palabras dichas con voz ronca; carcajadas sin alegría, cuyo eco repetía, triste y sola, la cuenca lejana; la fatiga de cada mozo revelada en el ruidoso y largo bostezo; la frase obscena expresada con la más agrandada hipérbole, que era acogida con gritos desiguales; el continuo gemir de la guitarra, siempre doliente y melancólica, expresando la angustiosa soledad del amanecer; el cerdeo metálico de los platillos amarrado indefectiblemente al

compás; el ¡jah! del bebedor, exhalado después de pasar el trago de aguardiente; cuanto detalle da carácter á este cuadro difuso y poético, metía su maraña en los oídos del hombre, no pudiendo éste percibir claramente quiénes eran los que daban serenata á la moza, ni si iría entre ellos el fosco y cauteloso Bernardo.

Volvióse en el lecho del lado de la reja, y alargando la cabeza á la cocina pudo ver el primer reflejo del día, que alumbraba trémulo y azul la raya temblorosa del mar.

Puesto en actitud de acecho descubrió á través de la enredadera, alumbrados escasamente por el alba, varios rostros que tenían la palidez y el aspecto de los cadáveres.

Las fisonomías ostentaban los rasgos agrandados por el desvelo, los ojos mustios y hundidos, las mejillas escuálidas y sin color. Un matiz verdoso daba tristeza á las

facciones, y en las manos mostraban los hombres esa suciedad que se adquiere durante la noche.

La última copla, el adiós último de la parranda lo dió el incomparable Primores.

Trayéndose el corazón á los labios y poniendo cierto dejo de tristeza en las palabras, hizo el primoroso canuto con la boca, y, tirando de las cejas al medio de la frente y bajándolas después hasta abrocharlas encima de los ojos, cantó con hondo sentimiento esta copla:

Sal ya, niña, de tus sueños
y asómate á la ventana,
que dora tus campanillas
la luz primera del alba.

La parranda se fué alejando gradualmente.

Primero sonó con todo su estrépito, des-

pués amortiguó sus gritos y canciones, y por último no dejó oír más que la voz de Primores, que volvía á repetir en la distancia:

Sal ya, niña, de tus^tsueños
y asómate á la ventana,
que dora tus campanillas
la luz primera del alba.

—¡Perra, mala hija!—gritó, tirándose del lecho, el tío Justo, para vestirse, tropezando á pocos pasos, en la obscuridad, con las manos de Rosalía, que iban sondando las tinieblas.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó aterrorizada la mujer, puesta la idea en el arma de fuego.

—¡Pícara!

—¡Padre, soy yo, soy yo!

—¿Qué buscas aquí, mala pieza?

Y zamarreándola fuertemente y empu-

jándola al medio de la cocina, añadió revolviendo con la espantosa lengua la ira y colocándose frente á ella:

—¿Qué buscas? Habla.

IV

YO PECADORA

Mudada la color por la emoción recibida, y queriendo á sí misma desvanecerse con tal de evitar la escena, ni supo al pronto qué contestar.

Primero iluminó su mente, y pasó con rapidez suma, la idea de decir que había escuchado la parranda, y que, notando que venía en ella Primores, determinó salir á la reja.

Este ardid hubiera podido salvarla del

trance, dado que el padre miraba con buenos ojos al mozuelo y no deseaba otra cosa sino que Rosalía prestara atención á sus palabras; pero su naturaleza rechazaba por instinto la mentira y se le vino la verdad á la boca.

—No me dé aceda repuesta, padre, á lo que voy á decirle—suspiró una vez hecha su resolución,—ni me mire tan ahincadamente y asine.

—¡No te dé aceda repuesta! Reniego de tus mal colocaos pensamientos. ¿Te paece que voy á andarme con melindres cuando te escarrías por tales caminos?—ladró el perro viejo, sin conmoverse en la menor fibra.

—Yo diré la verdad, padre, pues no quiero sino abriye mi pecho. Sepa que estampá llevo en la memoria la cara de un hombre, el cual me quiere en ley de Dios y viene con güenos pensamientos.

—Más honraos han de ser los de cual-

quiera que los de Melnardo, si es que á los suyos te refieres.

—Su proceer y güen término acredítanle de honrao y le dan puesto prencipal entre los mozos.

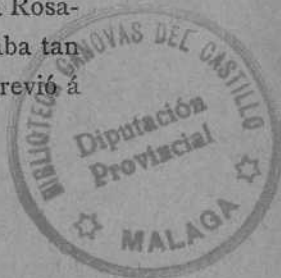
—¡Como no estuviás namorá más que de ese eljambrío que no tié onde caerse muerto!...

—Tiene su conduta, padre, que á las veces vale más que los caudales.

—Una poca de conduta pués echar en la olla á ver qué caldo jase. Por lo visto, quiés verte pie á pie y sin más compañía que la miseria, y que de igual respetive mos veamos tos.

—Padre, no sea tan desamorao. Bernardo es formal, jacendoso. Si no es lo parlero y galán que otros, ni tiene porte á lo señor, él me quiere y desea jacer mi feliciá.

Cobrando un tanto los espíritus iba Rosalía, viendo que su padre no se disparaba tan pronto como de costumbre, y se atrevió á



añadir, acariciando la mano del lobo para suplir con cariño lo que faltara de elocuencia á sus palabras.

—No siempre ha de tener cara fosca conmigo. Alegre el alma, y alégremela á mí, que de tanto andar metía en tristezas, ni acierto á demostrarle el cariño que le tengo.

—¿También gazmoñerías? Si piensas que voy á consentir que sigas hablando á ese tunante, guarda tus lloriqueos y apártate de en medio.

No hizo caso del empujón la moza.

Estrechóle con más fuerza la mano y empezó á darle de un beso hasta mil, volviendo á deshacer á besos la cuenta.

—No dejaré nunca la casa si usted lo quiere, padre; viviremos juntos aquí yo y Bernardo, y él podrá ocuparse en la labor como su voluntad de usted ordenare.

—Quita si no quíes que te jogue el pisquezo. ¡Conque es decir que amor tan aguo

es el tuyo que así atropéyas por to, sin querer dar la cara á quien te propone vivir holgamente y traer á la nuestra su hacienda!

—Yo no quiero á Antolín, padre.

—Otros hay que pués querer.

—Ni á Antolín ni á Primores; no manda la persona en su voluntá; yo bien quisiera poer tener cariño á los que mienta pa dar regalo y gusto á mi padre.

—Pos no has de jacer el tuyo, tunanta. Mira, san acabao las contemplaciones. Bien te he tratao hasta aquí, pensando que darías tu brazo á torcer, pero toma bien de memoria lo que te digo.

Atentísima quedó Rosalía, inundado el pecho de sollozos y viendo alzarse nuevos obstáculos ante ella.

Colgada del final del relato, bajó los ojos al suelo y esperó en actitud resignada.

—No has de ir á fiesta—añadió el terrible tío Justo echando cólera por los ojos,

—ni á jolgorio ninguno, ni á cosa que dé ocasión á que ese perdío te jable.

De casa no has de salir sin mi consentía, y no podrás asomarte á la reja.

Dende que Dios amaneja hasta las ave-mariás, no has de apartar la vista é la labor, y en cuantico enlobreezca, á la cama.

Yo te daré Melnardo y te jaré sentir quién yo soy.

Pa acabar: como alvierta que tratas de salirte con la tuya, te pongo las peras á cuarto y te las espacho con los puños.»

Suspensa é imaginativa quedó la moza después del fuego graneado de su padre, viendo perdidos los caminos de su defensa.

Usando del arma de la mujer, del llanto, púsose á suspirar con desconsuelo.

En su mente bullían mil contrarias imaginaciones.

Pensaba acceder á lo del sacorio sin res-

peto al que así ponía más afán en la codicia que en su felicidad, y se acordaba también de la madre, á quien tenía un profundo cariño y por quien soportaba todos sus contratiempos.

Pasaba esta escena á *soto voce*, conteniendo ella los sollozos para que no fuesen oídos, y hablando quedo el padre, no porque temiese que se pusiera de punta la casa, sino porque era su modo de hablar concentrado y duro.

Con todo, el rumor del emocionado diálogo no fué tan leve que dejara de traspasar la habitación y llegara á los cuartos que ocupaban las restantes personas de la familia.

La primera en oír algo de la conversación fué la bondadosa madre de Rosalía: ¡siempre que llora el hijo la madre despierta!

Acostumbrada á escenas semejantes y á los malos tratos de su marido, había ad-

quirido la infeliz mujer un estado de atorolamiento que era su nota característica.

La señora Prudencia, en fuerza de sufrir tales martirios, había dado, sin advertirlo, á su voz un tono lloriqueante y había acomodado su palabra á una sola nota, aguda, doliente, maquinal y sin variaciones, que aplicaba con intensidad igual á todas las cosas de la vida, dándoles el mismo colorido.

Había de hablar la señora Prudencia del asunto más indiferente, y sin embargo su voz era la misma, igual el tono atiplado y doliente, como si en todo caso suplicara.

Esta resignación, y el ser de una bondad infinita, le habían acarreado las simpatías de todo Guedeja, el cual creía á la mujer á dos dedos de la santidad. Por sencilla que era, no había una sola persona en el pueblo que al recordarla no lo hiciera con ese cariño mezclado de respeto que inspira lo bueno cuando va acompañado de la desgracia.

Acentuaba más esta simpatía la indignación constante de todos contra aquel bárbaro de tío Justo, compuesto de cerdo y de hombre, que trataba á su delicada mujer y á su hija lo mismo que si fueran dignas del más hondo desprecio.

No había para la señora Prudencia diversiones, como las hay anualmente para todo el mundo.

Metida en su casa, cuya sombra había dado á su tez de mujer añosa la suavidad y distinción que tiene la de las personas nobles y ricas, lo más que se permitía en días de paz era sentarse al lado de la reja y permanecer con la vista perdida en el mar, viendo las bandadas de gaviotas que flotaban en lo poético de la distancia, y el reguero de humo, bello y vago, que dejaba algún vapor tendido sobre el dorso azul de las olas.

Sin embargo de lo inocente de esta distracción, se conocía que era grande fiesta

para su espíritu: su imaginación se espaciaba gustando ese reposo sagrado de la naturaleza.

Como despertaba á la del alba, porque á su edad y con sus cuidados el sueño es mariposa sobre los ojos, pudo recoger las últimas palabras del tío Justo, y presintiendo algo terrible, se echó del lecho vistiéndose apresurada, y salió á la cocina, donde padre é hija se encontraban.

—¡Válgame Dios, Justo!—rompió en palabras humildes la pobre.—Todavía no echa Dios sus luces y ya estamos de disgusto. ¡Qué nueva cosa viene á desesperarte, hombre, para que te pongas tan duro con Rosalía!

—¿Estás aquí ya tú?—resolló según su modo de expresarse el hombre, dejando ir chispazos de cólera por los ojos.—Igual eres tú que ella. Si no cobijaras sus culpas, no sería ésta mala hija.

—¡Jesús María, hombre! ¡Cómo empie-

zan las vísperas de fiesta! Ahora que llevábamos unos días en sosiego y todo iba como una seda, vuelve á atascarse el carro. ¿Por qué ha sido el disgusto, hombre, por qué ha sido? ¡Válgame Dios!

Y con una solicitud llena del más suave cariño, que en ella se manifestaba sin esfuerzo alguno:

—Anda, Rosalía—clamó dirigiéndose á la hija,—anda y arréglale á tu vestío los bullones, que no vas á tener tiempo de acabarlo. Siempre está bregando con tó, y una vez que compra un vestío pa lucirlo en las fiestas, quieres darle un nuevo disgusto. Anda, anda, y antes de ponerte á coser, dale un limpión á la casa.

—Pa lo que quiere, bien que tiene tiempo de sobra esta tunanta. Más valía que, en vez de estar toa la noche de palique y de pensar en perifollos, tuviera más empeño en obedecer á su padre—clamó éste colérico y terrible.

—¡Qué quieres que jaga á sus años, hombre! ¿Quieres que se meta en un rincón á echar kirieleisones?

—Pos ya le he leído la cartilla. Como no obedezca á lo dicho, juro que he de tomar la justicia por mi mano.

Nada decía la infeliz moza, resignada con las brusquedades del padre. Con la vista clavada en el suelo, de ese modo humilde que saben emplear las mujeres que tienen conciencia y sentimiento, oía la malhumorada filípica después de haber hecho con todo miramiento su defensa.

La claridad del día, triste y vaga, que penetraba á través de la enredadera como un mustio resplandor de calvario, ponía, al igual que antes había hecho con las figuras de la parranda, pálidas manchas de muerte en los muros, y daba á los semblantes, especialmente al de tez blanca y cerosa de la madre, el nimbo que los cirios derraman en torno de los cadáveres.

Únicamente las mejillas del tío Justo, acabadas en pómulos salientes, mostraban, á causa del arretrato, un tono sanguíneo que amortiguaba lo obscuro y tostado de la piel.

En un volver de cabeza vió Rosalía el fanal colocado sobre la mesa.

Los peces se agitaban como doradas notas en él.

Inquietos sonámbulos del agua, habían girado durante la noche en medio de la sombra, abriendo con movimiento mecánico las bocas.

—Vamo, anda, mujé; avísale á tu tía que se levante y te ayude á arreglar la casa; yo voy á regar estos dompedro antes que el sol llene la fachá.

Y tomando cada cual por su lado,

—¡Válgame Dios con tanto dijusto!— repetía maquinalmente doña Prudencia internándose casa adentro en busca de la regadera.—¡Válgame Dios, qué cruz!

V

LIMPIEZA GENERAL

El porracear formidable de unos talones sobre el pavimento indicó que aparecía un nuevo personaje en escena.

Era éste una hermana del tío Justo, una idiota con estatura de gigante y rostro de carátula, uno de esos seres deformes que parecen el castigo de las familias á que pertenecen.

Anita como se hacía llamar ella, *Anaza*

como le decía la mayor parte de la gente del pueblo, y

*¡Anona, Anona,
cuerpo de gigantona!*

como la designaban en son de crítica los muchachos cada vez que pasaban ante su casa y miraban por la reja, emprendiendo luego la fuga, era medio tonta, medio cuerda; mitad cerebro caótico y oscuro, mitad cabeza dotada de razón; y puesta en medio de ese si es, si no es; dudosa entre si son flores ó no son flores, dejaba entrever la nota fisonómica de su naturaleza, que se inclinaba del lado erótico y amoroso, consecuente con la máxima que achaca á todos los de escasa medida encefálica la manía que resaltaba más que en ninguna otra persona en Anita.

Fea hasta dejárselo de sobra, horrible hasta producir hartazgo é indigestión, su

rostro era un conjunto de anfractuosidades entre las cuales asomaba la idiotez con una perpetua risa de deseo, con un vivo alegramiento de la carne.

Oír las garrulerías de Primores, que con el pretexto de tropezar con los ojos de Rosalía entraba en la casa y daba en tono de broma insustancial conversación á la gigante, era la alegría suprema de ésta.

«Anita por aquí, Anita por allá, rosa de Alejandría, capullo de cien hojas, flor del jardinito de mi alma, girasol, paloma,» eran los motes de la letanía galante del mozuelo, que puesto que era en broma su amor, hacíaselo delante de todos, aunque bien sabía el tío Justo dónde iba la pedrada y por qué rostro suspiraba el ensartador de decires y el fecundo derrochador de agudezas.

Apareció Anita en la puerta que daba á la cocina, y quien no estuviese acostumbrado á afrontar de pronto aquella cara y aquel

cuerpo, echaría un paso atrás, tomando por aparición de furia á la mujer.

Con varios goterones de cal en las hondonadas del rostro, la pelambreira enmarañada y suelta que rodeaba el cuello negruzco y echaba sobre la frente su bardal salvaje, indicaba que su última lucha de la noche anterior había sido con la cal y con los escobones, de que se sirvió para tapar la negrura de los rincones, para enblanquecer la campana de la chimenea, y para lavar el rostro, en fin, á la casa, como se hacía en todas las restantes del pueblo.

No sólo andaban listos los escobones y los cubos del ocre y del azul en cada vivienda; también estaban desmontados en cada domicilio los vasares, y sobre mesas que empezaban á sacarse á las puertas, se veían el polvoriento jarro empavonado de azul prusia con estampadas flores de almendro, que había de someterse al lavatorio; el vaso con profusos tallados, que los niños

pedían á sus madres para mirar á través de sus facetas el sol; la fuente con el fondo cubierto de pájaros brillantes que abrían el pico, pero no exhalaban la voz; la copa esbelta que producía la nota *la*, trémula y vibrante, cada vez que chocaba con el vaso de ancho asiento y asa cristalina.

Sobre lebrillos medios de agua caliente, que alzaban su vapor azulado á la luz primera del sol, caían la sopera panzuda que perpetuamente estuvo de adorno en el vasar; la taza cubierta de dibujos, con sus líneas de colores y sus escenas de grotescas figuras; el plato de china con sus toques dorados y sus hebras de oro por los bordes; el jarrón de cuello de cigüeña y pie esbelto que el soñador muchacho creyó alguna vez un milagro del arte, el sueño de un genio convertido á la forma plástica.

Conforme se abrían las puertas de las casas, se reanudaban las escenas de limpieza, volvía á oírse el retintín de la crista-

lería pasando bajo los chorros de agua, comenzaban á sonar las coplas que se entrelazan á la tarea, y todo adquiría el entusiasmo que se advierte en vísperas de fiestas.

Á la puerta de alguna casa reuníanse varios chiquillos con los perniles remangados, los rostros dados de sucias pinceladas y la mayor parte del cuerpo descascarada de vestido.

En un descuido atrapaban el jabón del fregadero.

—¡Ché, mira! Date asín y repéllate, que vamos á jacer pompas—decía uno á los demás.

La frotación pasaba de mano en mano, y todos mostraban embadurnados de espuma los dedos.

—Ahora soplad como yo, eh?—agregaba el primero, juntando ambas manos á lo largo de los dedos meñiques.

El aire dibujaba por debajo de las manos una bolsa cristalina que crecía, se agran-

daba, poníase oronda y turgente ensanchando sus elásticos muros, y tomaba después la forma de esferoide, hasta que cerrábase la película frágil, y lanzábase al aire con ruidosa algazara de los chiquillos, que veían la rotación del orbe microscópico y le seguían encantados de sus juegos de iris y sus luces.

Los cerrojos lanzaban á modo de bostezos de sueño al dejar paso al día, el cual daba movimiento á las personas y llenaba de ruidos las casas.

En la de Rosalía no flotaba la atmósfera de júbilo que respiraba el pueblo entero preparándose para recibir á la Virgen. Un ambiente de frialdad daba tristeza á los rostros, y ponía el desconsuelo de esperanzas perdidas en los pechos.

Rosalía pensaba en sus pretendientes amorosos: en Antolín, que ya le había hecho su primera visita de novio, y el cual no le inspiraba simpatía; en Primores, que

la dejaba en absoluta indiferencia, y en Bernardo, que era la atracción constante de su alma.

El día acabó de desbordarse sobre el pueblo, é iluminó vigoroso y espléndido los campos.

Todo se convirtió en un hervidero de vida, en un espectáculo sublime de luz.

La naturaleza, el pueblo, los términos lejanos y el mar que mostraba el lampo de chispas doradas del sol, se bañaron por igual en átomos luminosos y en la pura y bendecida gracia de Dios.

VI

BUSCANDO AMORES

Muy ajeno á las desagradables escenas que ocurrían al amanecer en casa del tío Justo, echábase del lecho, en su cortijo, distante del pueblo, el mínimo cuanto apasionado Antolín, dispuesto á hacer su segunda visita de pretendiente á Rosalía, la cual no sólo era norte y fin amoroso de Primores y de Bernardo, sino que también era luz suave que alumbraba las noches de ciego afán de Antolín.

Era éste el primogénito de la casa de León Cumbrales, cortijero el más rico de Iznayas, partido que lindaba con el mar; contaba próximamente treinta años, y alzaría poco más de un metro del suelo.

Esta miniatura humana, este hombre pequeño, era una primorosa cinceladura, un acabado tipo de belleza dentro de su incomprendible tamaño.

Tenía patillas de un negro brillante que resaltaban sobre el mate pálido de la tez, nariz correcta y preciosa que parecía tallada en marfil, labio pulcramente rasurado hendido por currutaca canaleja, con lo azul que deja la tonsura en una barba frondosa; cejas de arcos tan correctos como los cantados por Bernardo de Valbuena, frente donde lo pálido se hacía más espiritual y tomaba como á modo de brillo de idea, pestañas apretadas y largas que daban aletazos de mariposa negra en su rostro, y pu-

pilas de un azul profundo llenas de serenidad y nobleza.

Este primor de hombre daba complemento á su persona cuando echaba la particularísima voz de su cuerpo.

Era ésta un débil pitido, una «hebra de nota,» un penetrante acento de mosquito, pero acento que se ajustaba á las diferentes entonaciones de los períodos hablados y producía todos los matices en agudo, del mismo modo que produce infinitas variaciones una misma cuerda.

Cuando más hacíase notar su voz de trompetilla de insecto era cuando Antolín sostenía conversación con su padre ó con alguno de sus hermanos.

—Antolín—decía en grave profundo á su hijo el sesudo cuanto honrado León,—ándate con pies de plomo en esos amores y condúcete como debes, que se trata de familia desavenía entre sí, y según es el viento debe de ser el tiento. No tengamos conque si te

casas, dao que ella consienta, la moza resulte astilla de tal palo.

Y á la experiencia que vertía en la oreja de Antolín el reflexivo padre, contestaba el hijo en tono sobreagudo que producía indefectiblemente la risa.

—Sabío me tengo de coro—decía la hebra sonora—cuanto me platique al caso, padre; na tiene que ver Rosalía con el suyo porque modesta es cuanto humilde, y avaro y aferruzao es su padre; y si el dicho dice que de tal palo tal astilla, cuando el palo es tronco é rosal como es la madre, del palo no puen salir sino rosas. Esto, sobre que no quiero que se me vaya más tiempo en flores.

—Ni yo quiero tampoco que las gastes sin que tras de ellas vengan los frutos. Güeno que te vayas del pie á la mano, si es que en lo firme caminas, y deseas tenerla por mujer, pero ya sabes el refrán de que hombre prevenío vale por ciento.

—Su recato mismo, padre (entonación aguda), da garantías á su honor; y la honestiá y el mirar corto y bajo de sus ojos, cosas son que más me encienden el deseo.

—Atempera, Antolín (voz de sochantre) y no sueltes los frenos á la pasión; antes bien, mira y remira, al modo que lo haces al ir poniendo esos ropones encima del caballo, y no des paso sin ver antes dónde.

Era como lo decía el padre: más cuidado ponía Antolín, como hombre que fija su empeño en agradar, en colocar con majeza las mantas y abalorios del aparejo, que en reflexionar los resultados que pudiera traer el ir á pedir amor y dulces miradas á quien tan solicitadas tenía las de sus ojos.

Lo particular de esta enumeración de pretendientes era que, excepto Bernardo, el cual sabía quiénes eran los que hacían rueda de pavo real á su novia, los demás,

Primores y Antolín, ignoraban que Rosalía fuese por nadie rondada, y cada cual creía el camino expedito para recorrerlo en alas del deseo.

Pero el pueblo tenía más abiertos ojos y oídos á aquellos amores que los pretendientes mismos, quizás porque sentía honda indignación hacia el padre de Rosalía, que así la maltrataba, y lo que no pudieron sospechar uno ni otro mozo, lo sabía de corrido la gente que con tanto afán tomaba cartas en el asunto.

Hasta su apodo correspondiente había puesto el pueblo al hijo de León Cumbrales en su primera visita á la moza.

Cuando algunas mujeres vieron al de Iznayas entrar pueblo arriba á lomos del caballo, exclamaron: Ahí está *el mono que tiró el tiro*.

Sin embargo, no sé qué tenía el reducido galán con su aire de hombre de circunstancias y principalidad; no sé si era el atracti-

vo de la reducción de su persona, ó si consistía en el deseo que despiertan en todo espíritu el hombre demasiado grande y el demasiado pequeño de saber si determinada parte de su cuerpo guarda relación con las demás, lo cierto es que, sobre todo las mujeres, sentían irresistible curiosidad mezclada de simpatía hacia el diminuto enamorado, y siempre que había ocasión le hacían una disección con la mirada, validas de ese instinto anatómico que se oculta en cada mujer.

Después del análisis venían las sonrisas maliciosas, y tras de la risa un secreto deseo de lo extraño...

Puesto que hubo Antolín todos los bordados ropones del aparejo sobre el caballo, posó el pie en la estribera que hizo con las manos el padre, y el mozo quedó esparrancado sobre la bestia, la cual enarcó con gentileza el cuello, tascó el freno produciendo tintineo metálico, y revolviendo en

un arrogante escarceo los brazos y destacando al gallardear con las ancas la lustrosa y redonda culata, pisó el dintel de la vereda y relinchó al tender los ojos por el paisaje.

¿Quién era Antolín Cumbrales y qué contrapeso tenía que poner á su escasa estatura para lanzarse así, sin temor á lo ridículo, detrás de una moza tan bella como Rosalía?

El contrapeso era simplemente una olla de peluconas, de seguro mayor que la de que había de ser heredero Primores, olla que León, el cortijero de Iznayas, tenía enterrada cerca del poste de la parra en el corral.

Por si parece esto poco, tenía además Antolín hacienda de abundantes obradas, casa que era la mejor de todo el largo partido, crédito antiguo que traía heredado de su abuelo—un hombrecillo que dicen los que le conocieron se parecía en lo pequeño á

Antolín,—y ganado que llenaba de balidos la comarca.

Cuando se lleva lastre, y es de oro, en el bolsillo, y se es dueño de una casa y de una hacienda, se marcha con una seguridad absoluta.

Si algún defecto físico pesa sobre la persona que de tal modo camina, su resplandor lo oculta á los ojos, los cuales ven sólo la principalidad y traza á lo pudiente del susodicho.

Si como las vecinas de Guedeja habían estudiado anatomía en el galán, le hubieran analizado el bolsillo, las sonrisas maliciosas se convertirían en acatamientos rendidos, y el deseo de lo extraño se volvería pasión violenta, pasión por lo original de su figura y lo primoroso de sus prendas.

Atravesando las portadas de los lagares sobre el tren de sedas de su caballo y dejando atrás casas y casas del partido, donde tanta moza estaba penada por el preten-

diente, buscaba allá en lo lejano, que es lo poético, el pueblo que guardaba á la mujer que llenaba su pensamiento.

En Guedeja, sólo el tío Justo, después de la primera visita de Antolín, había indagado qué casta de pájaro era el mozo y la hacienda rica y saneada que poseía.

Calcúlese si, dada la avaricia del rehecho y pequeñuelo padre de la moza, que si no en lo menudo se parecía un poco en la estatura á Antolín, le hormiguaría en el cerebro la idea de atrapar la exigua persona de hombre tan bien forrado de riqueza, y si tendría los cinco sentidos puestos en indagar quién de los dos, si el hijo de Cumbrales ó Primores, sería dueño de mayor fortuna, ya que el segundo heredaría de su abuela, que el pueblo la suponía podrida de dinero, lo que puede constituir la riqueza de una persona.

¡Cómo había de crecer su caudal—pensaba en un inédito monólogo el padre de Ro-

salía—cuando á sus trojes fuera á caer como cascada de oro el trigo que producía la hacienda de Antolín, y sus aceitunas fueran al molino unidas á las suyas, y su campo empalmara con los del mozo, haciendo la mitad del contorno suyo, y su vista, en fin, cayera siempre sobre cosa propia, mirara del lado que mirase!

Pues ¡y si la olla de onzas de Primores reventaba en la Vicaría y dejaba á él, á su hija, al novio, anegados los pies en riqueza!...

Pero el tío Justo parecía decidirse por Antolín, no porque valiera más su hacienda, sino porque ocupaba mucho terreno y la extensión deslumbraba sus ojos, hechos á correr sobre los campos.

El dinero se lo figuraba siempre el tío Justo en duros aparatosos y deslumbrantes, nunca en delgados billetes, y lo que le ocurría con el dinero le ocurría con la fortuna en campos y en hacienda: mucho terreno,

leguas empalmadas de terreno por las cuales pudiera tenderse hasta un telégrafo, que corriera por obradas de viña hasta el mar.

Echando se hallaba uno de estos cálculos, cuando Antolín, caballero en su enjaezado caballo, pisaba las piedras del calvario de Guedeja y entraba en el pueblo cogiendo con su tren de sedas la calle.

En un pueblo pequeño es un acontecimiento, sobre todo para los muchachos, la aparición de una persona semejante, que así muestra primores y riqueza. Las mujeres se asoman al umbral de las puertas con la nariz arrugada por la curiosidad y la mano abierta sobre los ojos para evitar el sol y hacer bien la cámara oscura; los hombres echan una mirada sobre la traza del caballo y sobre la escopeta que va clavada al aparejo, y los chiquillos, que tienen mucho de alondras, se precipitan entre cabriolas á la aparición, rodeándola como á las andas de una imagen.

No menor cosa son para ellos aquellos colorines del aparejo, aquellas mantas llenas de flecos que se mecen de gentilísimo modo, aquella crin del caballo desmelenada y flotante, que parece un haz de reflejos, y aquella cola, atracción eterna de todos los muchachos criados en pueblos de Andalucía, como que de ella sacan la sortija de pelo, el castillo labrado, la trenza del torero que ellos se afianzan y dejan caer con gallardía al cogote.

Todos á una, las mujeres que hacían los fregados de los vasares en las puertas de las casas, los hombres que, con el escobón mojado en la cal ó en el ocre, vestían de limpio las paredes, los chiquillos que escandalizaban con la alegría que les da la víspera de cualquier fiesta, prorrumpieron al ver entrar por la calle Real á Antolín:

Los muchachos:

—¡Ché! Mira, mira, vamos á ver el caba-

llo—y zumbó una nube de rapaces con el ruido de una bandada de pájaros.

Las mujeres, suspendiendo un instante su refregado:

—Otra vez está ahí el mono que tiró el tiro.

—¿Si vendrá á hacer la segunda visita á Rosalía?—agregó una moza, tomando el asunto por el lado amoroso.

—¡Buen dinero le habrá de dar al avaro del padre si es así, pues por el aire se saca la persona!—arrió al diálogo una vieja.

Algún mozo se fijó en las patillas del galán é hizo instintivo parangón con las suyas.

Otro aficionado á armas de fuego se fijó en la escopeta que detrás del mozo iba apuntando á la tierra.

—¿Caballo á la reja tenemos, Dolores?—preguntó con malicia una mujer, á otra, usando el dicho sacramental en estos casos.

—Eso parece — agregó la interrogada

cuando Antolín hubo pasado.—Pero si no es más rico que el otro...

—¿Que quién?

—Que Primores, mujer. ¿No sabes que el padre ha jurado que Rosalía se ha de casar con quien más lleve á su casa?

—Parece mentira que haiga padres así.
¡Ay, hija!

—Pero tú no sabes lo mejor.

—¿Qué?

—Que esta mañana ha habío una de San Quintín allá en su casa.

—¿En casa de Rosalía?

—¿No oites esta madrugá la parranda?

—Yo no.

—Yo la oí—saltó desde la puerta inmediata otra vecina que quería meter baza en la plática.

—Pues como madrugo pa ir por algunas hortalizas á lo mío—agregó la de antes,—pasé frente á la casa del tío Justo una mijiya después que hubo estao allí la parranda.

—¿Y qué?

—¡Ay, hija! Yo no sé cómo hay hombres tan fieros en el mundo. Estaba el avaro del hombre dando voces á Rosalía y regañándola con duras palabras porque creía que Bernardo iba en la fiesta. Le decía tunanta, mala hija... qué sé yo.

—Ese la va á matar, como va á matar también á la infeliz de su mujer.

—¡No hay un castigo del cielo pa estos hombres!—añadió poniendo los ojos en blanco la que llevaba la voz cantante.—Pero hay más todavía—agregó.

—¿Qué? Cuenta.

—Que cuando acudió la madre á las quejas de Rosalía pa evitar que el malvao jiciera una trastá—¡yo lo oí colocá á un lao de la reja, señores!—el tío Justo le pegó una guantá á su mujer.

—¡Jesús María!—gritó con dolor una de las oyentes, como si sintiera en las entrañas el daño que se le hacía á la infeliz.

—Una guantá, y grande—recalcó la protagonista de la escena, haciendo con la mano llena de espuma de jabón el ademán del que abofetea.

—Ese lobo va á dar fin de toas.

—Pues si el pueblo se enterara de lo último y da en ponerse en masa contra ese tunante, no sé lo que va á pasar.

—Cargaílla está la gente con eso.

—Parece que esto es la Providencia; Dios ha enterao al pueblo de esos amores pa que no deje al padre jacer una picardía—repu-so dándoselas de inspirada la que hacía de alma del interesante diálogo.

—Yo, por mí,—añadió la del «¡Jesús María!»—no se me quearía la piedra en la mano si llegara el caso.

—Lo que debía Rosalía jacer era que la *sacaran*, que la sacara Bernardo, que es á quien ella quiere.

—Eso digo yo; una cita, caballos con los padrinos y acompañamiento, y se ha-

cía el *sacorio* sin que lo notara el padre.

—Es muy mirá, y no consentiría ella en eso.

—Pues entonces no veo otro medio.

—¡Ay! Lo cierto es que si esto toma vuelo, el tío Justo va á llevar un suto gordo que se lo va á da la gente.

—Además de mal padre, es ladrón— agregó la suscitadora del diálogo.

—Dímelo á mí—clamó con sorprendente prontitud una delas mujeres.—Con el achaque de que él tiene un poco de to, si roba pimientos dice que son de los suyos, si uvas que las produce su viña, si garbanzos que de su garbanzar, y así, hija mía, na se le pué echar en cara porque de to tiene él.

—¡Si tendrá malicia el marrajo!

—¡Ay qué presiyo, hija!

—Presiyo y masmorra. Á los tunantes así se les debe poner á la sombra.

No á la sombra, sino en plena luz y en mitad del extenso corral de su casa estaba

el tío Justo haciendo un trozo de pleita, cuando tiró de su oído el trote de un caballo que se paró de repente á la puerta; volvió los ojos, avisado por el oído, y vió una espléndida caballería que se paraba ante la casa; de ella creyó ver bajar una especie de mono que saltó de un brinco hasta el suelo.

Se aproximó el padre de Rosalía poco á poco, y vió al mismo Antolín en persona que, después de atar el caballo á la reja, como hacen en Andalucía con donaire y rumbo los mozos, entró pasadizo adentro y dijo con el saludo clásico de la tierra:

—¡Dios guardastés, caballeros!

VII

EL CABALLO Á LA REJA

—Vengasté con Dios—respondió echando chiribitas de alegría por los ojos el tío Justo, y alargó una silla al mozo para que se sentara.

Ya bastante entrado el día, enviaba el sol, que se elevaba sobre el mar ufano, vivos esplendores al pueblo, y en la casa de Rosalía, que daba vista á la cercana playa, entraba á bocanadas la luz.

El día era de los de remate de vendimia.

Uno de esos días en que no sé qué fenómeno de la naturaleza hace que suban del mar espesos ejércitos de gaviotas y cubran como una nevada movable los campos.

Este sublime espectáculo dicen los pescadores que se verifica días antes de una terrible tempestad.

En cuanta extensión de tierra se domina, los ojos todo lo ven blanco de pájaros marinos. Primero empiezan á ensanchar el festón de blancura de las olas dando vueltas y pasadas sobre el agua.

Después nievan todo el remate de la costa entre chillidos salvajes que se oyen á enorme distancia.

Luego suben, suben con el lento abanicar de sus alas por las pendientes pobladas de viñedos, por las laderas donde los algarrobos reciben el empuje del viento del mar, dejando á sus ramas luchar á brazo partido con la tromba.

Suben siempre las viajeras y llenan de

blancura los olivares, cubren el gigante cuerpo de los pinos abriéndose en velo espléndido sobre ellos, escalan las cimas erizadas de rocas, aletean en lo azul como los millares de pañuelos de una colosal ovación, se arremolinan en blancas espirales, se abren de pronto produciendo un espectáculo de blancos diversos, y siempre avanzan tierra adentro y siempre salen nuevas avalanchas del mar.

Todo es una agitación de alas, un temblor inmenso de blancura, un nevar incesante que borra los caseríos lejanos, viste de pureza los huertos, cubre de pinceladas el paisaje, y convierte los campos en una extensión cubierta por magníficos almendros en flor.

De las plumas de estos pájaros se desprende una emanación de olores marinos.

El aire, al ser batido por ellos, adquiere los frescos átomos de la brisa salada, llena de yodo y de salud.

El constante sacudimiento de alas acaba por cubrir toda la tierra.

Los zancudos pájaros siguen siempre tierra adentro chillando como en un loco día de huelga en que se emancipan de las velas y jarcias y del continuo rodar de las olas.

Como plumas en cascos guerreros, flotan y avanzan: parece que el mar se ha vuelto todo espuma y se desborda en alas móviles que van cabalgando sobre los pueblos.

La retina cree ver alguna plaga bíblica y primitiva que descarga sobre la tierra.

El motivo único del cuadro, el ala agitándose lenta y engendrando el mismo movimiento, se trasmite á todos los millares de alas; y esta monotonía acorde, este motivo isócrono se despliega en variedades infinitas sí mismo, y produce un esplendor de movimientos, una explosión de blancura que se multiplica y desborda en agitaciones igualmente pausadas y lentas.

Toda esa profusión de aves, todo ese inacabable ejército de alas montadas sobre cuerpos que pasan y huyen, desfilaba, en copia rápida y microscópica, en manchas negativas y fugaces, por el muro cristalino de los vasos del profuso vasar de Rosalía, por el brillante vientre de las botellas, por los tallados del cristal limpio y radioso y por todo lo que tenía una lejana semejanza de espejo.

No hacía alto en aquel simulado desfile el hijo de Cumbrales, sentado entre la reja y el vasar, y apenas si del desfile que iba por los aires dijo Antolín al enredar la conversación con el tío Justo:

—Señal de que hay que retirar las velas á la costa.

—Sí—repuso el rechoncho padre de la moza, echando una sonrisa sobre su rostro como un reflejo sobre un pedrusco.—Hoy están alborotando estas locas la comarca.

Luego poco más se dijo del nublado de

gaviotas, y mientras fluía la conversación entre ambos, conversación que parecía un tanteo por parte del tío Justo, seguía pasando aquel deslumbramiento blanco sobre el pueblo.

—¿Y dónde bueno se camina?—preguntó echando la sonda el avaro, á tiempo que sacaba la petaca del bolsillo.

Hizo primero Antolín un *¡psch!* que dió carácter al diálogo, y echando luego fuera el hilo de voz, lo envió al oído peludo y basto de su oyente diciendo:

—Me amosqué también como las gaviotas allá arriba y he tomao el camino de ellas. Cansa al cabo el golpea que golpea del mar, y una cana al aire en el pueblo da resuellos y espíritus.

—Quearán bien amarrás las barcas en la costa, porque paece que será cosa segura el temporal. Afortunao el que tié cascos que amarrar y rees que tender.

—Algo hay que amarrar, aunque no mu-

cho, tío Justo, que la jacienda más está tierra aentro que en el borde del vaso—repliqué el mozuelo, llamándole en el hiperbólico lenguaje andaluz vaso al mar.—Solamente se echan cuatro rees cuando el tiempo ríe; cuando está el mar picao, ni una.

—Pero habrá en cambio buenas obrás y fanegas por esas laeras arriba, ¿eh?—añadió el Luis Onceno de aldea, buscando las medias vueltas á su interlocutor.—¿Cuántas, cuántas fanegas podrá usted contar? Vamos á ver.

Y mientras dejaba caer una sonrisa dulcificadora sobre lo atrevido de su pregunta, Antolín se canteó en la silla, restregando entre sus dos palmas la porción de tabaco de un cigarro, y aparentando indiferencia dijo:

—¡*Psch!* No le faltará mucho á las diez mil fanegas.

Esperaba mucho el buen hombre, pero fué tan superior el número de fanegas al

que él soñaba, que tartamudeó por efecto de la sorpresa y dejó pasar por sus ojos violentísimas ráfagas de emoción.

—¿No estará mal jecha esa cuenta?—se aventuró á añadir, como quien teme que se le escape una buena noticia.

—Á eso hay que agregar—repuso despallillando la porción de tabaco el mozo—las obrás que me dejó mi madre al morir, que no bajarán de ocho mil, de manera que...

—¿Ocho mil de usted solo, mas lo que he ree en llegando el caso?

—Así es—repuso modestamente Antolín, que no había mentido en una cepa.—No es fortuna pa oscurecer la de naide—agregó, —pero se va viviendo de ella; y descuentao gastos de bina, yuntas pa lo llano, cavas y cuadrillas, la jacienda rinde libres al año un puñao de miles de duros.

Si Antolín se hubiese fijado, hubiera visto al tío Justo abrir instintivamente la mano cuando oyó hablar de los miles de duros.

No lo vió, pero oyó, en cambio, lo siguiente, que llevó á Antolín al terreno que buscaba desde que hubo entrado por la puerta.

—¿Y con ese apaño y ese vivir no busca usted una mujer con quien casarse? ¿Ó es que no desea ingresar en el gremio?...

—Atao está el caballo á la reja, tío Justo, y ya sabe usted la costumbre de la tierra: ¿qué quiere decir sino que busco amores mi visita?

—¿Será posible—clamó fuera de sí el avaro—que haya usted puesto los ojos en esta casa?...

—En ella busco mi parejita.

—Mi hija poca fortuna tiene, á decir verdá, ni cosa de dinero.

—No es lo que más me gusta la regular hacienda que tiene Rosalía: lo que más me gusta de ella, tío Justo, es el garabato.

—No es desgraciá, según dicen...

Los muchachos, que desde el principio

de la conversación habían empezado á meter ruido en la calle en torno del caballo, llevaron á tal punto su gritería, que Antolín hubo de cortar el diálogo y salir á la puerta á ahuyentar la bandada de rapaces.

Éstos, como de costumbre, habían metido mano á la cola del caballo y habían extraído un buen mazo de cerdas, con las cuales, uno labraba una sortija, otro hacía un primoroso castillo, y ninguno tenía la mano ociosa ni la boca callada.

—¡Á ve si dejai la cola del cabayo!—dijo regañando á los muchachos Antolín.

Pero ellos, al oír aquel hilo de voz aguda y leve, empezaron á darse manotadas cerca del oído, como si les molestara un invisible mosquito.

Tuvo que intervenir el tío Justo, que hubiera aplastado á los muchachos que de tal modo venían á cortar conversación tan interesante para él.

Apenas pisó el escalón, la bandada huyó

dispersándose y gritando como siempre que pasaba por delante de la casa del tío Justo:

*¡Anona, Anona,
cuerpo de gigantona!*

—¿Conque esas tenemos?—agregó con labios de merengue al diálogo el viejo, apenas volvieron á ocupar ambos interlocutores sus asientos.

—No he de gastar mi juventú paseando los jaeces del cabayo, hoy yendo á un pueblo á ver á una moza, mañana requebrando á otra de otro lugar, y siempre lo mismo; el hombre estao quiere, y lo que busco ya es una mujé de bien que me dé hijos y bienestar.

Cualquiera que no hubiera sido el tío Justo, hubiera soltado la carcajada al oír las comodidades que pedía aquel mono que apenas levantaba una cuarta de la silla, y que tan sobre sí estaba en la cuestión casamentera pidiendo larga sucesión.



—Es muy justo—repuso solamente el viejo—que en llegando cerca de los treinta el hombre se rodee de familia y goce las alegrías de ser padre.

—Sólo falta en este asunto—inició Antolín, apretando á la punta del cigarro con la uña del pulgar el clavo de la yesca,—sólo falta que mis prendas agraden á la moza; otros pretendientes habrá de más majeza y gala; que más la quieran y más trastornaos estén por su palmito, ninguno.

Anita, con aquel su admirable oído para las cosas del amor, recogió al pasar tras una puerta las últimas palabras, y asomándose por una hendidura de la madera, enfocó aquella figurilla que tan atracada decía estar de pasión.

Tan peregrina le pareció la idea, que soltó la risa por la nariz, no queriendo dejar oír la voz, y quedó con la pupila dilatada abarcando aquel cuadro donde parecía hablarse de noviazgo.

—No creo que ella ponga reparo ninguno á un hombre como usted— respondió á la objeción el tío Justo,—de prendas tan cabales, y repleto de honradez...—El tío Justo dijo también para sí; «y más repleto de onzas.»

—¿Si hablarán de mí?—preguntó en sus adentros Anona, sin apartar la pupila del cuadro.

—Ella no se sabe lo que dirá, tío Justo, y esto es lo que me atosiga y me jace pasar en claro las noches.

—Una mujer que está bajo mi félura tiene que conducirse con juicio y hacer lo que yo ordenare.

—Entonces peía quedará á mi tercera visita. Veremos si es porra aentro, ú porra afuera.

Aludía Antolín á la costumbre de algunos pueblos de Andalucía, que consiste en llevar consigo el novio, al hacer la tercera visita á la mujer que pretende, una porra

toda emperejilada de lazos y envuelta en una carga de cintas, la cual arroja á los pies de la moza, diciendo á guisa de declaración amorosa:

¿Porra aentro, ú porra afuera?

Si es favorable la suerte al enamorado, contestará la mujer la primera parte de la leyenda; si adversa, pronunciará la parte segunda.

La nobleza del amor, el cual para declararse quiere pronunciar palabras brillantes y párrafos luminosos, no disponiendo más que de frases rotas y balbucientes, ha inventado estas fórmulas, ridículas en apariencia—pero sublimes en el fondo.

La gala es llevar una porra que luzca una verdadera riqueza de lazos.

Considérese si la que habría de llevar Antolín, dada su desahogada posición, sería porra y cachiporra.

—¡De mí hablan, sí!—confirmó desde luego Anita, cuyo cerebro no necesitaba mucho

para convencerse.—¡Me piden por novia! Por fin—agregó—me van á dar con la chivata.

—Tío Justo—dijo levantándose para irse Antolín,—no falta más sino que empatemos la moza y yo en esta cuestión. De aquí á tres días volveré á atar el caballo á la reja. Si entonces la moza dice que sí... Conque...

—La pa e Dio sea en esta casa—dijo entrando á tiempo que se despedía Antolín el dicharachero Primores, cortando las palabras del primero.

Salió el hijo de Cumbrales, deshizo la lazada de las riendas que había echado á los hierros, estremeció el caballo al ponerse en movimiento todo el lujoso tren de sedas y ropones, y á lomos el pretendiente amoroso, la bestia lozaneó antes de partir trazando espirales y gallardías, y enarcando el soberbio cuello de donde colgaba como una manta de rizos flotantes la crin,

—Pasao mañana, primer día de las fies-

tas, dese por convidao—pronunció en tono de última despedida el tío Justo.

—Vendré—contestó solamente el mozo, y partió entre el deslumbramiento de colores de la montura.

VIII

GAVIOTAS Y LÁGRIMAS

—¿Qué majeza es la que sale de casa, tío Justo?—preguntó Primores, apenas se perdió de vista el peripuesto hijo de Cumbrales.

Sorprendido el viejo por lo inesperado de la demanda, quedóse como aquel á quien preguntan qué es cosa y cosa.

No había contado con que el mozo podía llegar á tiempo que él echaba sus cálculos acerca de la fortuna de Antolín, y un mo-

mento estuvo dando trasijos con las razones sin poder colocar una en el arco para dispararla.

Vínole á sacar de su apuro la presencia de Anita, que una vez que oyó la voz de Primores empezó á chorrear deseos de ponerse al habla con él.

Avanzó con su estatura de gigante cocina adentro, y cortó la atención del mozo, que escudriñaba en la cara del viejo la respuesta.

—Venga con Dios—dijo el mozuelo en viéndola, con su lenguaje de quintaesencia y su jugar airoso del vocablo,—venga con Dios el rosal de pitiminí, la mata de clave-linas, la postura de claveles de oro, y diga ¿qué mozo es el que sale engalanao de tales galas y ata el caballo á la reja?... Al redopelo traes las memorias, Ana, y con ese han de llover los novios que te pretendan.

Viendo que Primores mismo le indicaba la salida, el tío Justo, que allá dentro de sí

estaba dando y tomando en lo que decir debía, aprovechó el ningún juicio de su hermana, que seguramente habría de creérselo, y

—Así es—contestó.—Jace un momento me decía Antolín que se había fijao en Ana, y que por buenas ó mediante *sacorio* habrá de llevársela de la casa.

—¡Dios me asista!—agregó mentalmente el viejo,—pero así tendré tiempo de elegir entre la hacienda de éste y la del otro.

—¿Conque esas tenemos?—exhaló rebotando alegría Primores, sin ser poderoso á contenerse.—¿Con que la boca de princesa, leve cinturita de jarra y labios de flor de granao trae á remolque las personas de más principalidá, las cuales se desaparecen por sus pedazos? ¡Juyuyuy las jembras de salero!

La doncellez no tocada de Anita se cubrió de un rubor premioso á las palabras del mozuelo, y á tiempo que se iba hacia el corral el tío Justo encogiéndose de hom-

bros, como quien dice «¡á mí qué se me da!», contestó la grandullona haciendo confianza en el mozuelo:

—He oído la conversación; Antolín dice que está loco por mí, que á la tercera visita echará la porra á mis pies y sabrá lo que le contesto.

—¿Y qué le responderás, Ana, cara bonita, manzano lleno de flores?

No sólo dijo Ana que sí, dijo que *resí*.

—¿Y qué vas á hacer con este corazón—agregó en tono de zumba á la tonta el mozuelo, que no aguardaba sino que saliera Rosalía para verla,—qué vas á hacer de quien por ti pena, de quien por ti vive, de quien no ve sino por tus ojos?

Halagada con la palabrería galante, Anita soltó una carcajada de idiota.

Las carnes le palpitaban de risa al verse festejada de aquel modo.

—Quien ha de llevarte en sacorio á lomos de un caballo, mi reina, es mi persona:

cuando yo me acerque á la reja, y te diga tal noche á tal hora, tú huye tras de mí, y te colocaré en las ancas de mi potro.

Esto que decía Primores á Anita no lo hubiera hecho jamás, pero sí le hubo pasado alguna vez por el magín decírselo á Rosalía, y hasta ponerlo en práctica.

Nueva carcajada de Anita al oír la proposición de rapto del mozo; pero carcajada sintiendo en las carnes el latigazo brutal del amor.

Sus pupilas se dilataban *bebiendo* el relato del hombre, y adquirirían el grandor que deja en el órgano de la visión la morfina.

No ya de escapar á caballo con el mozo, de escapar á pie y á través de riscos y breñales hubiera sido capaz la mujer, impulsada por la fuerza avasalladora de su naturaleza.

En estancia contigua á la en que sonaba este diálogo, y cumpliendo el cautiverio impuesto por su padre, miraba Rosalía

con resignados ojos, colocada cerca de una puerta que daba al campo y al mar, aquella colosal flotación de alas blancas que seguía en inmenso desfile sobre el pueblo.

Oía los agrios chillidos de las viajeras, que en avalanchas sin número, con algo de las primeras rachas de tempestad en las plumas y teniendo el espacio infinito para resbalar, subían siempre de la playa y cubrían como una alfombra blanca la tierra.

Al borde del mar veía los fuertes pescadores mover los cascos pesados para ponerlos á salvo de las olas; miraba los granujas marinos, los charranes de playa, producto de las costas de Málaga, cruzar con las cargas de redes, con las cuerdas ásperas de la *tralla*, con las levas hinchadas y los corchos húmedos, á guarecerlos en las casetas de madera donde rebullen su vida denigrante los barqueros.

Todo era preparativos de defensa, precauciones contra las violencias del agua,

voz de alarma que corría por toda la costa al son del estruendoso cántico del mar.

Los espumarajos flotaban en las crestas movibles y se abrían en sábanas blancas sobre el lecho crujiente de las conchas.

Estaba algo picado el mar, pero aún no traspasaba los límites donde de ordinario venía á abrir sus sonoras lenguas de espuma.

En la base de un faro que se veía desde el pueblo, faro que allá en la noche alumbraba con reflejos de sangre la negrura de la tempestad y la furia de la espuma soberbia, saltaban los arcos de agua y se abrían en palmas brillantes.

Picaba el aire salino en la nariz con nervioso cosquilleo, alternaban en el aire ráfagas de bochorno y de frescura, y palpita-ba en todas las cosas un germen de fuerza contenida, un impulso que aguardaba para surgir una voz de mando de la naturaleza.

Y las alas de nieve, los blancos abanicos

del aire, seguían y seguían en ejércitos más nutridos, siempre con el mismo pausado movimiento, siempre acompañando el grito salvaje que era como el agrio preludio de la tempestad.

Algunas nubes esponjosas y claras, de esas que parecen de alumbre calcinado, corrían por el cielo llevadas en alas del aire, é iban proyectando su sombra sobre los caseríos lejanos, sobre los árboles que removían sus hojas asustadas como presintiendo un rudo combate, sobre las huertas simétricas donde la noria dejaba oír el penetrante chirrido de las ruedas, sobre los paseros con los últimos racimos tendidos á secar, y sobre la orla de los cañaverales, que á cada empuje del viento desentumecíase como la ola, diseñando series de curvas elegantes.

Cada vez que una de esas sombras pasaba sobre aquel diluvio de alas, éstas adquirían todos los blancos diversos, desde el

vivo del clorato de potasa hasta el mate del carbonato plúmbico.

Y siempre íban desfilando las aves, siempre salían en nuevos y apeñuscados ejércitos del mar.

Rosalía, en fuerza de mirar la agitación de blancura, se había acostumbrado al deslumbramiento.

Sus ojos habían adquirido esa vaguedad que da un pensamiento fijo, una constante pena; orlados del nimbo de tristeza que suelen tener los ojos de los locos, nimbo como un sutil sombreado de luna, echaba la vista sobre las alas y la dejaba cabalgar é ir flotando con ellas.

Mecida su alma de este modo, pensaba con pena que habría de tener por fin que aceptar la proposición que le hizo Bernardo la última noche en la reja, que tendría que ser depositada ante el juez y los padrinos en una casa de su confianza hasta tanto que llegara el día de su boda.

Hacía esfuerzos inauditos por soportar el trato de su padre y por dominar la propia pasión; pero así como su vista flotaba inconsciente en la fiesta de blanco de las alas, así su pensamiento flotaba siempre en la fiesta de azul del amor.

Estaba presa por el corazón, por los ojos y por el cerebro.

Maniatada de espíritu, había agotado todas sus fuerzas y era casi una autómata de la pasión.

La modestia de Bernardo, sus actos de hombre serio y de honor, su tesón que denotaba lo que tanto gusta á una mujer, un carácter, y su hosquedad misma, en el fondo de la cual había algo del afecto tierno y ruboroso que teme manifestarse, se habían metido en su alma sin que ella fuese parte á evitarlo, y comprendía que no podía ser de otro hombre, sino solamente de aquel que la amaba casi con la cortedad de confesárselo.

Bien veía y consideraba la pobreza del mozo y calculaba que el recio ejercicio del mar, á que especialmente se dedicaba, no era suficiente á rendir lo necesario para una vida sin desvelos; pero el amor desconoce los números, y en torno de la llama que había elevado en su pecho, ardían retorciéndose las débiles mariposas de sus ideas.

No quería, sin embargo, dar un mal paso, conducirse de un modo que pudiera deslustrar su decoro, dar disgusto alguno á su madre, por la cual sentía misericordia infinita porque era más desgraciada que ella.

En su apuro no hallaba otra salida que aceptar la idea del sacorio.

Aceptarla; pero ¿cómo decírselo á su madre?

Si Rosalía se iba de su lado, ¿qué sería de la pobre vieja, sola en aquellas estancias, oyendo siempre las interminables reprensiones del esposo?

Por un momento creyó ver á la infeliz abofeteada y tirada por tierra, y sintió que se le removían de sentimiento las entrañas.

La visión fué rápida y perfecta.

El padre la cogía del cabello y la arrastraba por las losas, como una noche le vió hacer Rosalía, con sobrehumano espanto de su alma; oyó que su madre invocaba su nombre, pidiendo auxilio; y al considerar que ausente de su casa habría de dejarla morir, sintió que le crujían los huesos y que un nudo angustioso ponía una tenaza de hierro en su garganta.

Corrieron de sus ojos las lágrimas y declaró á la soledad su tormento.

¡Qué triste vió entonces la agitación de alas blancas pasar con su deslumbramiento cándido ante ella!

Todo lo que descubrían sus ojos, la huerta que recogió tantas inmotivadas risas de su niñez, el estanque en cuyo fondo vió por

vez primera reflejado el misterio sublime de los astros, las vides de Septiembre con su corona mustia de la cual se empezaban á caer las esmeraldas, los paseros sobre cuyos lienzos vió caer tantas veces la fantástica luz de la luna, todo trajo los recuerdos de horas pasadas á su mente, y el patrio amor y el maternal cariño se fundieron en un solo raudal de llanto en su pecho.

Adiós, si se ausentaba de su madre, las serenatas de los ruiseñores á su reja, adiós los florecimientos de los rosales al llegar con su diadema de capullos de almendro la primavera, adiós el cielo que cobijó su casa, desde cuya portada deletreó en las noches de estío la palabra de Dios en las estrellas.

Desatado el raudal de su pena, lloró inmóvil y callada hasta desahogar el oprimido pecho.

Junto á la reja seguía, fuera, ensartando palabras como hilos de falsos corales, el

segundo pretendiente de Rosalía, que tomaba por parapeto á la idiota para echar los ojos encima á la hija del tío Justo.

Los ojos que buscaba Primores, estaban poseídos del espectáculo más sublime que puede haber en ellos: los bañaba el raudal puro y silencioso de las lágrimas.

IX

CONTRA VIENTO Y MAREA

No solamente en el pueblo se ponía todo saltando para recibir las fiestas de la Virgen y se fregaban en cada casa vasares y peroles; también en la playa se sacaban los últimos *copos* del mar, y se hacían apresuradamente las faenas que anteceden á los días de huelga en honor de la patrona.

Únase á esto los preparativos contra el temporal en toda la costa, el afianzamiento de casetas á los puntales fijos en la arena,

el guardar levas y maromas, y todas las tareas que los pescadores de Guedeja ejecutan con la alegría de quien va á dar la espalda al trabajo durante varios días, y se tendrá idea del hervidero de vida, de los cantos, del bullicio que animaban la orilla del mar hacia donde Rosalía dirigía las miradas.

Empezaba á caer la tarde.

Las maromas más lentas, tiradas por forzudos barqueros que clavaban los pies con resistencia de cariátides en el suelo, traían ya amarrados á sus puntas y pendientes de largos rosarios de corchos los copos henchidos de peces, que al salir al borde del mar se revolvían como deslumbrantes montones de plata.

Sólo una barca entraba mar adentro cuando salían espaciosamente las demás.

Era la de Bernardo, que iba en compañía de su gente.

Había sacado el mozo por la mañana

considerables arrobas de pescado, pero su idea fija y tenaz, la idea del sacorio de Rosalía y el considerar que si le verificaba habría de casarse á más andar, y todo el dinero sería poco, le impulsó á tender de nuevo las redes para sacar nuevo producto y gastarlo en los preparativos de boda.

Ignoraba Rosalía la decisión de su novio. Le había visto pasar no lejos de su casa, ya terminadas sus faenas, y estaba segura de que el barrunto de tempestad no era voz de previsión para Bernardo.

Él arrostraba á conciencia la ira de las olas como la arrostraban sus compañeros; pero ¿quién había de retroceder, conocida la resolución de Bernardo?

Con el mismo desprecio con que juegan los pescadores sus escasas monedas á las cartas, juegan diariamente la vida entre las olas.

Un golpe de agua más dentro del casco, bajar unas veces más á los abismos trému-

los y montar en las crestas furiosas es para ellos dar varias chupadas más ó menos al cigarro.

Saldrían bien de la lucha, como habían salido tantas veces.

—¡Eoó, eoó!, —gritó de un modo acorde, metiendo los hombros al casco, la patrulla de hombres, y la barca resbaló sobre las traviesas y quedó flotando en el agua.

Cayeron los remos hacia fuera y se movieron como las patas de un reptil; púsose uno de los barqueros en el timón; empuñó Bernardo con sus manos duras el largo punzón de madera que apuntó en el fondo varias veces mientras corría por un lado de la barca, y ésta empezó á bailar sobre el penacho blanco de las olas.

—¡Sos vais á arrepentir!—gritaron varios de los que tiraban de la tralla, presintiendo lo que no dudaban ya los tripulantes, que habría lucha y tempestad.

Algunos volvieron los rostros para mirar

con estupor aquel casco lleno de héroes que se perdía mar adentro, y nadie volvió á ocuparse del asunto.

Picaba el sol, ya bastante derribado del zenit, y las nubes, blancas como de día de bochorno en el Mediodía, se ensombrecieron y tomaron un cariz sañudo, como el de unas cejas que se juntan antes de que relampagueen de ira los ojos.

Era lo que aguardaba todo el pueblo; los pescadores apresuraron sus faenas en la playa.

—¡Tira, que viene encima el agua!

—¡Tira, tira, que ya sale el copo!

—¡Tira, tira!—gritaban con su voz característica los barqueros y doblaban el cuerpo de bronce bajo la cuerda que iba enredada á las maromas.

La serie de figuras tostadas clavando los pies en la arena y dibujando sus escorzos violentos, daba magnífico tono de fuerza al cuadro que se destacaba á lo largo de la costa.

Un vocerío de entusiasmo, un clamoreo de victoria por el copo que se aproximaba repleto de peces, una á modo de oración salvaje acompañada del canto del mar, que salía de todas las bocas, subía por la atmósfera, cargada de electricidad, y se derramaba por las playas como un acorde religioso.

Quien no haya visto este momento del mar, este instante supremo en que el pescador presiente la carga de peces que arrastra y se deshace en himnos de gracias á la Virgen que desde una gruta de las rocas mira las tempestades y las bonanzas, no ha sentido la emoción profunda de las playas ni ha oído la oración sublime del mar.

Los hombres que en su trato brutal y en su lenguaje fiero arrojan por los labios como un caño de inmundicias el idioma, los mismos que hacen relampaguear la faca en medio de un derrumbamiento de copas en la taberna, y que atraviesan un pecho en

un arrebató de pasión, llegan al más puro arrebató místico cuando las redes se acercan con su carga de riqueza á la costa.

Una excitación á agotar el último esfuerzo, un llamamiento al vigor dormido en brazos de musculatura soberbia, un contagio delirante de alentarse, de trasmitirse el entusiasmo por el éxito de la tarea, se oye á lo largo de la playa, donde, á las cuerdas que salen paralelas del agua, van amarrados los hombres á modo de notas al pentágrama, exhalando cada cual su canto y su armonía.

De pronto, una visión de fuego en medio de la tarde triste, una llamarada inmensa de electricidad incendia el horizonte y antecede al zumbido de un trueno que se queda rugiendo en la distancia.

Por los desgarrones de un nubarrón temible pasan algunos rayos de sol en forma de varillaje, y dan toques de oro á las crestas.

Luego el abanico se cierra y la noche se anticipa vertiendo negruras y tristezas de crepúsculo.

Algunas gotas empiezan á clavar-se como saetas en la arena.

Son gotas cálidas, anchas, esponjosas, y crujen en la tierra como besos irritados del cielo.

Un vibrante rasgo azul, de una viveza ofusadora, parte el fondo del horizonte y deja ciegas las retinas.

Es que la tempestad arroja su vaho de fuego en el espacio.

En el pueblo recorren las calles, al empuje de la ventolera, los trozos de papel que giran en espirales extrañas, los fragmentos que el huracán saca de sus resquicios para que bailen la danza siniestra del naufragio.

Las mujeres corren, presintiendo un no frecuente temporal, á la explanada desde donde se mira toda la extensión que ocupan los pescadores.

Algunas, puesto en el cuerpo un saco hecho jaique, bajan á la playa á ayudar á sus maridos para que no les sorprenda el aluvión en la ribera.

—¡Si será como el de ogañazo el temporal!—clama una mujer mientras se santigua en medio del esplendor de un relámpago.—¡Si será como aquel que dejó rotas las barcas en la costa y mató al hijo de la Petra!

—¿La mujer.

—Siempre ha de haber alguna borrasca en vísperas de las fiestas de la Virgen; parece que es castigo de Dios por los abusos de estos días.

—Mientras no esté en la playa su hijo de usted...

—¿Bernardo? Sacó su zopo hacia la mitad del día y estará escondido en la taberna. Pero aunque no sea mi hijo, considera el estrozo de las olas y que alguien pué haber en el mar.

—No, porque naide habrá salío.

—¡Tía Frasca, tía Frasca!—resolló con los carrillos destilando sangre, á causa de la carrera, un rapaz que llegaba al grupo de las dos mujeres.—Su hijo de usté ha salío á echar la barca y está en la ma con la gente.

—¿Mi hijo? ¿Qué dices?

—Sí, yo mismo lo he visto y toa...

—¿Qué?—exigió la mujer, hecha un ascua de viva, porque el viento borró las últimas palabras del muchacho.

—Que lo he visto con toa la gente en la playa.

—Pero si echó esta mañana la barca.

—La ha güerto á echar otra vez.

—¡Dios de Dios!—rugió con expresión de loba la madre.—¿Pero lleva ya rato dentro?

—Debe es... vuelta.

—¿Qué? Habla, habla.

—Que debe estar ya de vuelta.

Giró la mujer sin oír más palabra y sin sentir los porrazos de las gotas en su cuerpo hacia la explanada, y tendió una mirada horrible, inmensa, sobre el mar.

Más veloz que el telégrafo la desgracia, corrió por el pueblo la noticia de que Bernardo se hallaba corriendo la borrasca, y todo el mundo se interesó vivamente por el mozo.

Rosalía dirigió los ojos á la playa con ansia extraordinaria, infinita.

Sintió un deseo súbito de salir corriendo á la orilla y desafiar la furia de las olas.

Con las manos agarradas al marco de la puerta, quedó abierta en cruz y absorta en el peligro.

Las crestas doblaban ya á una grande altura sus blancos penachos con la majestad de las sublimes borrascas del mar.

Blancos desgajamientos de espuma florecían el dorso de la onda, que verde y turbia formaba un arco gigantesco, y lo de-

rrumbaba con estrépito bronco y formidable.

Las lenguas rumorosas se abrían y alargaban más allá del límite marcado á su carrera.

No es como en la costa cantábrica la faena de echar la red en el Mediterráneo.

En éste ocupa la tripulación el casco, se interna mar adentro, y á media legua de la costa regresa la barca soltando tras de sí primero la malla que queda sujeta de muchos flotantes, y después las dos maromas atadas á la malla, de las cuales tiran desde la arena los jabegotes enredando en ellas la tralla.

Bernardo adelantó á golpe de remo la media legua, pero al poner la popa á África y la proa en dirección del pueblo, barrió una ola deformada por dos remos de manos de los pescadores y azotó el casco combatido; otro golpe de mar arrancó el cerebro

á la barca, el timón, y quedó hecha una autómata del agua.

Empezaron aquí las angustias horribles.

Bernardo, como tallado en la barca, dirigía las maniobras del remo, transmitiendo á todos su presencia de ánimo.

—¡Eó, eó!—gritaba sometiendo á un ritmo salvaje el moverse de cada remo, hasta arrancar el compás de aquellos cuerpos vibrantes.

Pero las palas azotaban á veces el vacío las concavidades que descubría el mar tremendo, y otras veces chocaban de pronto con la masa ingente que impulsaba el casco y lo lanzaba al cielo, subiéndolo por el filo de una cresta.

Desgarradas las camisas bajo las cuales los pechos se hinchaban con aspiraciones soberbias, remangados los brazos que enseñaban la anatomía de bronce, chorreando agua salobre por los cabellos retorcidos y crespos y siempre con un eco gutural en

las gargantas, con una especie de ¡hurra! frenético, de excitación delirante, defendíanse los hombres de las fauces del abismo, que á cada momento les daba nuevo avance, derrumbando una ola sobre la barca.

—¡Eó, eó!—gritaba siempre Benardo, como si fuera la conciencia de los remeros puesta de pie ante sus ojos.

Las mecidas trágicas de la nave veíanse desde la costa cuando los hombres montaban una cresta.

—¡Miradlos, miradlos!—gemían con acento de compasión infinita al contemplar la instantánea visión desde las rocas.

Luego corría el clamoreo por toda la playa, donde la gente se encamaraba sobre las piedras.

La Frasca enredaba las manos á sus cabellos para tirar con fuerza desesperada, pero no sentía dolor alguno: el dolor de su alma borraba todos los dolores de su cuerpo.

Al querer abrirse paso por las olas, el mar, como si ella no fuese mujer ni madre, la envolvía, la arrollaba y la escupía como un salivajo á la arena.

Los remeros, en medio del naufragio, veían ya con el desencajamiento de ojos del delirio pasar los velos de algas flotantes como ropas desceñidas de náufragos, los remolinos de espuma hervidora que se hundían como bocas bajo ellos, las paredes de agua altas y espesas, que de súbito se trocaban en abismos horrendos.

—¡Eó, eó!—gritaba siempre Bernardo, clavado en el centro de la nave.

El mar atrajo como un imán todo el pueblo.

Rosalía acudió también, saliendo por la puerta que daba al campo, en la cual se había quedado de pie al oír la noticia de su novio.

Solamente no acudieron á la playa la señora Prudencia y el tío Justo, la una por

no permitírsele su estado de salud, y el otro porque daba gracias al mar, que de un modo súbito iba á quitar de en medio á quien impedía que su hija contrajera matrimonio con el de Cumbrales. Quedóse apuntando sus cuentas, sin pensar en que Rosalía fuese capaz de ir, devorada por el suceso, á la playa.

La infeliz miraba con ojos acristalados la extensión marina erizada de olas enormes, y cada vez que un penacho alzaba en alto la barca, lanzaba un grito horrible y se cubría el rostro con las manos.

Apartada del resto de la gente y de pie inmóvil en una roca, llevaba con los ojos, con el corazón, con su ser todo, cuenta de los menores incidentes del naufragio.

Á uno de sus gritos volvió la cara toda la gente.

—Ved; Rosalía es, Rosalía que mira la desgracia de su novio.

—¡Oh!—clamó con lástima infinita el cuadro entero.

—Ahora podrá el padre casarla con uno rico—dijo una mujer, indignada.

La nave asomó de pronto cuando nadie menos la esperaba, á una distancia de la playa que sorprendió á todos por lo corta.

Un clamor sublime dominó el estruendo del mar.

En seguida la ola misma llevóse mar adentro la barca.

En ella eran ya los hombres, más que remeros, visiones.

De un modo mecánico movían perpétuamente el remo y obedecían el *jeó, eól* como un ¡hurra! valiente de Bernardo.

El desgajamiento de una ola deforme, colosal, echó entre uno de sus pliegues el casco á la orilla, que se volcó al encallar en la arena.

Los hombres cayeron en tierra, con el

respirar de un ahogamiento espantoso.

Bernardo seguía clavado en la barca.

Acudieron á rodearle hombres, niños, mujeres, cuanta gente presenciaba atónita el suceso, y antes que nadie, la madre de Bernardo y Rosalía.

Ambas, con los ojos agrandados por la emoción, alargaban los brazos para recibir en ellos al héroe y hacerle bajar hasta la arena.

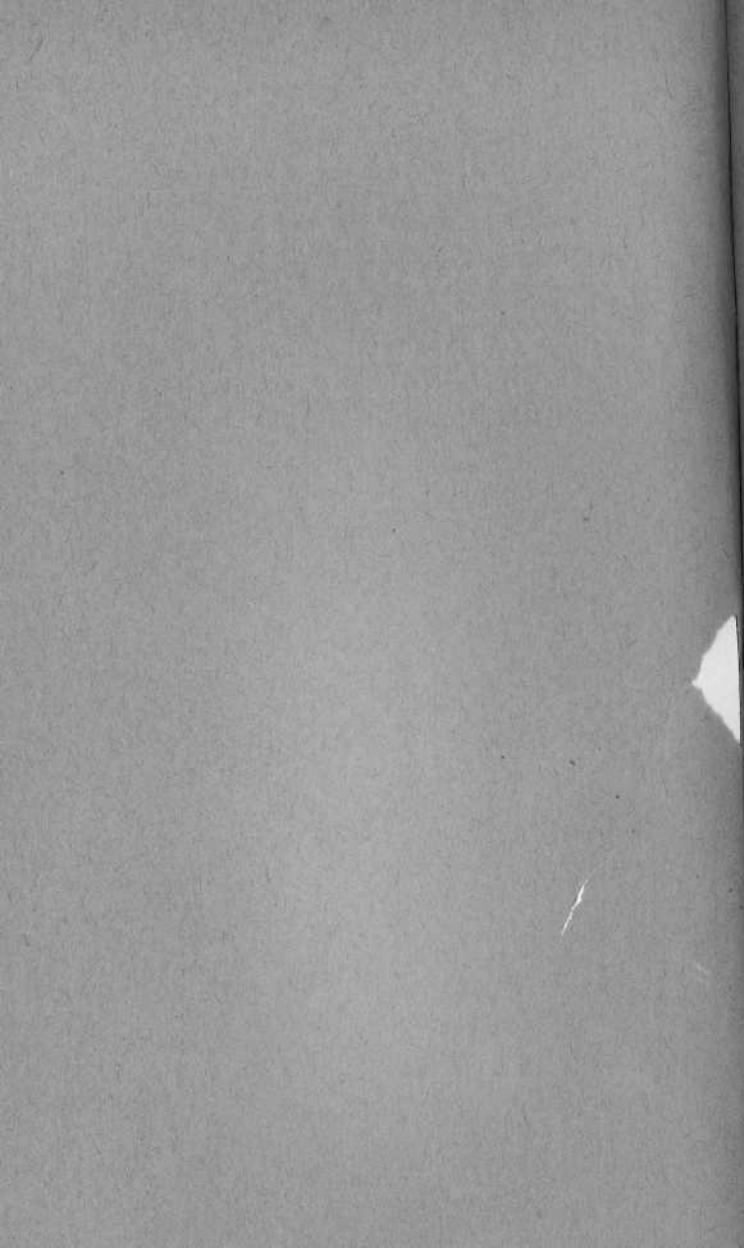
—No paece sino que uno no tiene pies pa bajar—masculló hoscamente Bernardo, con vergüenza de que le prestaran auxilio mujeres, y rechazando á ambas, saltó del borde del casco á la playa.

Todo el mundo se postró entonces de rodillas para entonar la oración de los pescadores después de la salvación de un naufragio.

Al estruendo del trágico que seguía dando tumbos en la arena, se entreoyó á la última angustiosa luz del crepúsculo, entre

las rachas furiosas de la tempestad y el valiente acorde de las olas:

«Salve, María, faro sublime,
luz de las playas, reina del mar...»



X

LA CONJURA

Por la noche hubo más palos y más malos tratos que nunca en casa del tío Justo.

—¡Haber ío esta mala hija—decía el viejo, con la puerta atrancada para que no se oyeran desde la calle las voces,—haber ío esta tunanta detrás de ese pescaorcillo porque tuvo un mal tropiezo en las olas! A ío que si yo me muriera no habrías de tomarlo tan á pecho. ¡Valiente hija de su

madre! No, pues lo que es de mí no se burla ninguna...

Y una bofetada dada en la belleza de aquel rostro, donde tenía su más puro altar la modestia, fué la señal de la elocuencia persuasiva del hombre. Se echó á llorar Rosalía de sentimiento, no del dolor que le produjo la mano del bruto puesta á modo de pezuña en su tez.

—Aquí se ha de jacer lo que yo mande y me se ha de obedecer en tó.

No valía más sino que una mala pécora me trajera de cabeza con su conduta puerca y desvergonzá.

Por lo visto, no has tomao bien de memoria lo que te tengo dicho: no has de salir á parte ninguna, no has de asomarte á la reja, no has de prestar oío á las palabras de ese tunante.

Y cuenta que si no lo jaces, con estos cinco con que te dao la primera, te he de dar...

La señora Prudencia paró en sus manos la nueva bofetada que iba dirigida á su hija.

Esta, aunque vió que iba para ella el golpe, sufrida y resignada, ni hizo ademán siquiera de evitarlo.

—Hombre, no ha hecho mal en ir á la playa, que está un paso, á ver si podía prestar auxilio á alguien. A la playa fué todo el pueblo, por lo mismo que se trataba de un naufragio.

—Es que ella iba en busca del novio, en busca de ese á quien no ha querío tragarse el agua y nos hubiera dejao en paz.

—Hombre, Justo, marido, deja á la muchacha y no la trates de ese modo. ¡Válgame Dios con tu rigor! ¿Hace ella algo que no sea bueno por acaso? Hace ella...

—No vengas con sermones esta noche, porque juró á Dios que á ti y á ella os he aplastar bajo mi puño. Eso faltaba: que vieras tú ahora á defender como siempre

sus fechorías y á darle alas pa que vuele.

—No parece—respondió en el mismo tono maquinal y doliente la mujer—sino que ha llevao siempre una mala conduta tu hija; no parece sino que es el baldón de la familia, cuando es un ángel la pobre, una mujer de su casa como pocas.

¡Hombre, Justo, por Dios, no digas semejantes cosas, que si alguien te las oyera podía creer que eran verdá.

—¿Conque me dejas por embustero? ¿Conque te propones esta noche agotar mi paciencia? Mira, Prudencia, que me quea muy poca, mira que no te quiero pegar, y mira que te voy á arrastrar otra vez por el suelo.

—¡Jesús, qué noche, hombre, Jesús, qué noche! Bien podía hacer la Virgen el milagro de volverte el buen humor.

—¿Luego eso quiere decir que soy un furioso, un loco que doy malos tratos á mi familia? Ven acá, mala vieja, que vas á ver lo que es bueno.

—¡No, padre! ¡no! ¡no!—gritó horrorizada, yendo al encuentro del hombre Rosalía, á detenerle la mano con que hizo acción de coger á la infeliz Prudencia por el pelo.

Un golpe dado en la puerta, seguido de un traqueteo formidable, suspendió la acción terrible del avaro.

Aplicó éste el oído en medio de un repentino silencio, y percibió el correr de un pelotón de chiquillos que habían estado oyendo la riña.

Una voz, sin embargo, que no era de niño, sino bronca y dura, dijo desde fuera, soplando las palabras por el ojo de la cerradura:

—¡Ladrón, lobo, mal padre!

Era un mozo de los varios que, sospechando la gresca que habría de armarse en casa del tío Justo por la bajada de Rosalía á la playa, habían ido á rondar la casa, por si llegaba un momento supremo.

Alejo fué el de la voz.

No apretó á correr como los muchachos, antes bien permaneció clavado en la puerta, por si salía el viejo y había que cascarle las nueces.

Los dedos del mozo, aquellos que partían, oprimiendo las yemas del pulgar y del índice, las almendras, no tuvieron que triturar ninguna costilla.

El silencio duró un minuto seguido dentro de la casa.

El viejo hacía sus trabajos de inquisición cuando nadie podía oír los lamentos, pero en el instante en que sospechaba que alguien podía oír las ruedas del tormento, suspendía la tarea para continuarla en mejor ocasión.

Alejo indagó con el oído á través de la cerradura, y nada pudo escuchar: el mar únicamente seguía con su trajín de cíclope en la playa imponiendo su canto bélico á la costa.

Fuése el mozo, seguido de los que le

acompañaban, á la taberna, que era ateneo, café y círculo de Guedeja, y luego de echada una ronda por cuenta de Alejo mismo, clamó éste con algo de aire tribunicio que le comunicaba el caso extremado y la indignación de que se hallaba poseído:

—Esto—dijo—es menester que acabe. En el pueblo no es posible que queramos verdugo, porque aquí no hay á quien llevar al tablaio.

Si ustedes me ayuan y Bernardo quiere, se arman los preparativos de sacorio, y el que ha de ser su novio que se lleve á Rosalía y la libre de manos de ese bribón.

—Pero ¿qué ha habío, muchacho, qué ha habío?—preguntó en tono de chismorreio la tabernera, á la cual se le alegraron los ojos así que oyó que se trataba del noviazgo que era ya el tema constante del pueblo.

—Na—contestó un mozo largándole dos buenos pares de tragos al vaso;—que ese

marrajo se ha empeñado en matar á Rosalía.

—¿Su padre?

—Su padre, sí, que le vamos á dar un susto gordo si sigue ofreciendo ese espectáculo al pueblo.

—¡Ay, jacen ustedes bien! Una moza como una plata—añadió la escanciadora de copas,—una moza que no tiene naide por qué ponerle pero, y ese indecente la maltrata como á un presiario.

—Hay que ver lo que se jace—dijo recogiendo su roto discurso Alejo;—hay que ver, ó de espantar á ese avechucho de Guedeja, ó de que se prepare el sacorio si están conformes las partes.

Tú, Caetano — dijo dirigiéndose á uno de los mozos presentes,—llégate y dile á Bernardo que venga.

Como si fuese cosa de comedia, asomó en aquel instante el exnáufrago, tan imposible y sereno como si nada le hubiera sucedido.

—Manuela, arrima un vaso más á la ronda—ordenó el que guiaba la conjura, á la dueña del círculo, y ocultando el mozo el caso de los palos de aquella noche á Rosalía,

—Te había mandao llamar—añadió—pa proponerte una cosa que píce too el pueblo.

—Tú dirás.

—Que estamos toos dispuestos á jacernos de caballos, á hablarle al juez y á ayuarte á que saques á tu novia. Ese bárbaro del padre la va á matar el día menos pensao.

—¿La tocao hoy quizás el pelo?

—No lo sé, pero si no es un día, otro, ese mal alma la va á quitar de en medio.

—Si es que no le quito yo antes á él—respondió de un modo bastante seco Bernardo.

—Pa evitar eso es pa lo que queremos hablarte; que te lo digan, si no, los presentes.

—¡Asín es!—respondieron en confusión los que se hallaban en la taberna.

—Tú debías decir que sí—atravesó en la conversación la dueña del tugurio,—debías recoger el ofrecimiento que te hacen los mozos, ponerte de acuerdo con Rosalía pa la noche que había de ser, y *sacarla* pa acabar de una vez de verla sufrir.

—Eso es lo que decimos toos—añadió el partidador de nueces, dando con el puño en la mesa.

Tú tienes al pueblo de tu parte, al juez, á los amigos: ó sacas á tu novia antes de dos días, ó ese perro ladrón se va á quear sin alguna costilla.

Y como tuviera Alejo en las manos una ficha de dominó, é hiciera ademán de partir, la ficha cayó de sus dedos hecha dos pedazos, que reconocidos se vió que eran las dos partes iguales del blanco doble.

—Eso es el tío Justo pa mí—agregó viéndolas el mozo,—un blanco doble que no tié

ni siquiera media manguzá de mi mano.

¿Queamos conformes en que acetas?

—Hablaré, á ver—dió por toda contestación Bernardo, siempre sobrio en echar las palabras del cuerpo.

—Entonces—peroró Alejo de nuevo,—esta noche damos una música á Rosalía; tú mientras, hablas con ella por la reja, y si el padre gruñe, por la cuenta que le tiene, oirá la parranda con pacencia. ¿Qué decís, muchachos?

—¡Que sí, que sí!—se oyó en diferentes tonos de voces en el fondo del tugurio.

—Venga otra ronda por mi cuenta—repuso Bernardo, que sabía quedar en todo caso como el primero.

Chocaron nuevamente las copas, alegráronse los ojos con el entusiasmo y con la fuerza del vino, pidió uno la guitarra, otro descolgó los platillos, arrancó otro con la concha una sarta de notas árabes á la bandurria, y echóse la parranda á la calle para



dejar en el santuario de cada reja una copla.

Bernardo fuése á rondar la casa de Rosalía para hacerle la señal de los casos extremos, con la cual sabía la mujer que tenía que salir á la reja.

Alejo dió comienzo á las coplas de la parranda, y lanzó con voz fresca este cantar, interpretando el estado de ánimo de Bernardo:

¡Cuándo quedrá Dios der cielo
y la Virgen de la Luz
que tu ropita y la mía
las guarde el mismo baúll

XI

MURMURACIÓN EN LA IGLESIA

—¿Conque mayordoma, doña Hortensia?

—¿Ha visto usted, doña Ana? ¡Casualidad como ésta de salir mayordomas el mismo año!...

—No es malo para que luzcan las fiestas de la Virgen; buen tiempo durante la vendimia, muchas cajas de pasas que darán de sí buenas onzas, y alegría y juventud en el pueblo; si éste no es un buen año...

—Así lo creo, y aparte del temporal que

tal susto nos dió, no frecuente en esta costa, el tiempo está que ni de perlas; hoy ha amanecido un día hermoso; echa chiribitas el sol.

—La Virgen no podía portarse de otra manera; sabiendo lo que se divierte Guedes en las fiestas, ha querido decir allá van días de oro.

—Tras una noche de borrasca, porque mire usted que la hubo y buena anoche, no sólo en la playa, sino en casa de ese avaro que Dios confunda.

—¡Ave María purísima! Mujer, que estamos en la iglesia.

—Es verdad. Pero yo lo sé por mi hijo, que fué de los que corrieron también el temporal.

—¿Cuál, el de la playa?

—No, el de la fiesta. Dieron anoche parranda, como usted sabe, á Rosalía, y fué con el objeto de que hablara mientras con ella Bernardo y arreglara qué no-

che habían de llevar á término el sacorio.

—Pero ¿qué, la saca?

—Tras de eso anda; más diré á usted, doña Hortensia; pero por Dios que es un secreto todavía, y de saberse llegaría á oídos de ese condenao de tío Justo y vendrían los planes por tierra.

—Pierda usted cuidao.

—Verá usted... Mas tome usted asiento en esta silla, y adornará más descansada ese lado de las andas; esta costumbre de que las mayordomas vistan de flores y telas las andas de la Virgen y le cuelguen sus hileras de campanitas de plata, á mí no me disgusta.

—Ni á mí, pero siga usted con su cuento.

—Historia y muy historia, doña Hortensia.

Verá usted. Mi hijo, como he dicho, era de los de la parranda; por él sé que se han propuesto todos los mozos, ó ayudar al sacorio de Rosalía sin que se entere el padre,

ó matar á disgustos á ese bribón que quiere dar fin de la muchacha.

—¡Mire usted que á lo que ha llegao ese escándalo!...

—Pues á más tiene que llegar todavía, usted no sabe... Pues verá usted.

Bernardo fué y habló primero con Rosalía por la reja, aprovechando un descuido del bribón, que no la deja á sol ni á sombra.

No se habían acostado en la casa del tío Justo, y por eso pudieron cambiar algunas palabras.

Terminaban ya la plática, señalándose día y hora para el sacorio, cuando sin que hubiera necesidad de que los mozos avisaran con coplas á Rosalía de que Bernardo necesitaba hablarla (pues que lo hacía en el momento), desembocó en la calle cerca de la casa la parranda, y ¡Dios mío de mi alma! no sé cómo fué, pero al ruido acudió á la reja el tío Justo y cogió á la muchacha hablando con el mozo.

—¡Jesús! ¿Y qué hizo?

—Á eso voy. Á Bernardo no pudo hacerle nada porque tenía los hierros como defensa, pero á ella la cogió de un brazo y del primer tirón la hizo dar de boca contra el suelo.

—¡María Santísima! ¡Qué hombre!

—Eso dijo la pobre madre, que acudió á los gritos y á los ayes; pero ¿sabe usted, doña Hortensia, lo que hizo entonces ese mal alma? ¡Si es un condenao! Fué y derribó también de un golpe terrible á la infeliz.

—¡Dios debía hacer un milagro con hombres tan malos como ése!

—Ya puede usted suponerse el jaleo, las voces, el escándalo, el barullo que se armó en la calle con este belén.

Hubiera seguido hasta no sé qué hora de la noche, si á uno de los mozos no se le ocurriera un ardid que acabó de un modo doloroso para el tío Justo, pero que puso remate á la escena.

—¿Y qué fué ello, doña Ana?

—Cuando más engolfao estaba el bribón sacudiendo manotadas á su mujer y á su hija, Alejo va y llama á la puerta y dice:

«¡Abra usted á la justicia!»

Inmutóse el de dentro al oír que llamaba á su puerta tal huésped á tal hora, y no sé si maquinalmente, no sé si empujado por su misma conciencia, hija mía, lo cierto es que quitó el hombre la tranca á la puerta y puso de par en par las dos hojas.

—¿Y entonces?...

—Como la argucia de Alejo era solo porque quería darle al padre dos palos....

—¿Qué?

—Que se los dió; pero no fueron solamente dos palos de padre, fueron de padre y señor mío. Le presentó primero el garrote, como si fuera la vara de la justicia, y le dijo: «¿Reconoce usted en este bastón á la autoridad? Pues con él le sacudo á usted dos

estacazos para que no se los dé usted todos á estas infelices.»

La mayordoma que oía, hacia el final del relato, ya ni escuchaba, ni miraba, ni hacía cosa alguna más que abrirse literalmente de risa y limpiarse las lágrimas con el pañuelo, imaginándose representada la comedia sugerida al mozuelo.

—¡Ay, qué dos palos tan bien daos!—decía. — ¡Qué dos palos daos con tanta gracia!

—Por supuesto—agregó la relatante de la historia—que cuando se sepa el sainete, el pueblo en masa va á aplaudir el donoso engaño de Alejo.

Lo que hay ahora es que toda la familia del tío Justo, que es muy larga, se ha puesto contra Bernardo, que es el causante de esto, y parece que en la procesión va á haber sus carreras y hasta sus linternazos. Todo porque quieren, con el avaro, que Rosalía ó case con Antolín ó con Primores.

—Sólo eso faltaba para que llegase á su colmo el escándalo.

—Pues mucho me equivoco ó algo ha de haber de ello. El rosario de la Aurora pienso que va á ser este año lo mismo que el que cuentan que acabó á farolazo y á bofetada.

—¡Doña Ana, por Dios, que estamos en el templo!

—Así nos libraré, si estamos en él durante el rosario, de que nos dé algún farol en la cabeza.

—Y diga usted—preguntó la compañera, que parecía quedarle aún más ganas de chismes,—¿ese Primores no dicen que anda también tras de Rosalía?

—¡Valiente zángano! Ni ella lo puede ver, ni en el fondo él lo siente pizca, porque para él no se ha hecho el sentir cosa alguna, y no obstante está, siempre que se presenta ocasión, dando jarabe de pico á la mozuela, la cual, si no lo ha espantado ya

de su casa, es porque el tío Justo tiene afición á la herencia, bastante buena, de Primores.

—Pero usted está enterada de todo, doña Ana.

—No me gusta andar de ceca en meca ni de Herodes á Pilatos, oliendo aquí y fisgando allá, como hacen otras que jamás cesan de darle al talón en provecho de su curiosidad; pero oigo, y veo, y comparo, y junto cosas y dichos, y el resultado es que no se me escapa nada.

Vaya que no se ha fijado usted en una cosa.

—¿En cuál?

—En el mono que viene de Iznayas á hacer sus visitas á Rosalía, en Antolín.

—Sí que lo he visto, pero no sé con qué fin viene.

—Toma, pues estará usted tonta. ¿No ve usted que ata el caballo á la reja de Rosalía?

—Pero el padre de ella...

—¡Yal ¡ya! El padre se decidirá por el que tenga más dinero; me huelo que el tío Justo vota por el de Iznayas.

—¿Y ella, votará?

—¡Quiá! Ella es de Bernardo y de nadie más.

—Pero... una cosa se me ocurre, doña Ana:

—Veamos.

—¿Vendrá ese mozo de Iznayas por Anita?

Esta vez tocó á la mayordoma más chismosa abrirse en canal, de risa, al oír el original despropósito.

—Pero hija—luchaba por decir doña Ana entre bascas horribles de risa,—pero hija, si Anona necesita un novio como un gigante; ése se le... ése se le perdería... entre las manos. ¿No se ha fijado usted en él? Si debe de ser tan poquita... tan poquita cosa...

Viendo el sesgo picaresco que tomaba el

diálogo en la propia casa de Dios, doña Hortensia, más mogigata, no más religiosa,

—Pero doña Ana, pero mujer—decía,—
que estamos dentro de la iglesia, repare
usted...

Por fin pasó la crisis nerviosa y vino la
necesaria reacción.

Las andas, durante el diálogo, se habían
ido vistiendo de preciosas telas y flores, y
aparecieron al cabo tan brillantes como si
hubiera caído una primavera sobre ellas.

Sólo aguardaban á la imagen, que traída
en hombros por los mozos desde la playa,
ocuparía su esbelto trono, entre el nutrido
tintineo, parecido á un llover de gotas de
oro, de las breves campanillas de plata.

XII

CONFIDENCIA

Y fueron los mozos por la Virgen, por la Virgen que invocaba el marino en las tempestades, por la santa patrona del pueblo, que había de dejar su gruta de rocas para ser paseada por las calles y parada á la puerta de los enfermos.

En estado de aparecer ante ella estaba ya la pobre Prudencia á causa de su padecimiento al corazón, exacerbado con las últimas penas; en estado de pedirle miseri-

cordia, como hacen los delicados de cuerpo, los afligidos de alma, los que llevan algún dolor grande y oculto.

Habían ido desapareciendo de la mujer ilusión tras ilusión, gracia tras gracia, como caen del tallo una á una las hojas de la flor.

Los anhelos de la vida, la esperanza de llegar á épocas más llenas de alegría y esplendores, todo había escapado de ella como huye el enjambre del tronco en que tuvo su miel y sus panales.

Su ser era ya sólo un espíritu, un alma que paseaba, muda y triste, por aquellas estancias de su hogar desiertas de cariño.

En su mirar resignado y humilde, sin mezcla de nada de la tierra, flotaba la vaga expresión de lo místico y se notaba ese hundimiento de todo el ser, de todo el espíritu hacia vida más suave y hermosa.

Rezaba la infeliz á toda hora, y en sus labios, tibios y puros, era como una luz invisible la oración.

No sentía ya el dolor que despierta el golpe dado en la materia; calcinado su cuerpo por las penas y con toda su actividad de vida lejos del mundo, parecía una mujer distinta de la que recibía los tratos ásperos y rudos del marido.

Era ya una casi visión, una mujer casi mariposa, un ser todo luz.

La compasión sacudía, al mirarla, todas las cuerdas del sentimiento y excitaba á darle corazón, sangre, fuego, y á infundirle en las venas una nueva primavera de vida.

Gustaba la señora Prudencia de extasiarse en la contemplación de lo blanco, sin que ella misma se diese cuenta de ello: del mar, miraba la espuma y el nevado plumaje de las gaviotas; del cielo, las estrellas primeras cuando aparecen como blancos espíritus; del hogar, los cándidos muros; de las flores, los lirios de color de marfil.

Su cuerpo asentaba aún ambos pies en la tierra, pero su espíritu tendía ya á la flota-

ción, como las espirales del humo y del incienso.

Reminiscencias de tiempos pasados, recuerdos que bullían con removerse de crisálidas en su mente, ráfagas lejanas de días felices, elevaban su ser á la presencia de las nuevas fiestas con sus rumores de alegría y su ambiente caldeado de luces.

—Yo no veré ya otras fiestas—decía;—mi cuerpo busca la tierra y mi alma busca á Dios.

Sólo deseo ver casada á mi hija, á la infeliz Rosalía, tan maltratada por su padre.

¡Qué sería de ella entregada en sus manos sin mi auxilio! La Virgen haga el milagro de que Justo consienta en casarla con Bernardo. ¿Qué más puede ella desear que un hombre de bien como es él? ¡Malhaya la ambición, que da vida tan triste á las personas! Que se case con quien ella desea es á lo que aspiro antes de cerrar los ojos para siempre. Luego, que Dios no la deje sola

en el mundo y derrame en su casa la gracia que no derramó en la mía.

Lloró al llegar aquí la mujer lágrimas de amarguísima pena, y sintió oprimírsele la garganta por los sollozos.

Rosalía se acercó al lado de su madre al verla llorar.

—Madre, ¿por qué llora? —le preguntó echándose también á temblar su voz, como mariposa cogida por un ala. —¿Le pegó padre, es cierto?

—No, hija; pero pienso en tu suerte, puesto que pronto habré de dejarte; ya ves, tengo muchos años, mi vida se gastó demasiado á prisa.

—Pero ¿qué dice usted? ¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—No te asustes, no es que vaya á morir-me, pero es decirte que quisiera verte casada antes de dejarte, porque si quedas al lado de tu padre, ya ves el porvenir que te aguarda.

—¡Qué ideas tan tristes tiene hoy, madre!

—Si las mías, que soy vieja, son tristes, ¿cómo serán las tuyas, hija mía?

Pero ahora que ha salido tu padre, y no puede oírnos, quiero decirte una cosa.

—No deseo sino oírla.

—¿Tú estás enamorada de Bernardo?
¿Lo elegirías para vivir tu vida entera al lado suyo?

—También quiero yo hablarle de eso. Le quiero como á la persona que ha de vivir con una siempre, y le quiero porque es noble y bueno. No es rico, pero gana para vivir con su barca, y como yo no aspiro á mantones de los de cinco en púa ni á sayas bordás de perlas, me acomodo á lo suyo, y le doy mi alma y mi vía. Decir esto no es acarrear malecencia, cuando se dice la verdá.

—Así quería yo oírlo de tí para que veamos el modo de convencer á tu padre de

que deje á Bernardo entrar en la casa.

—Éso sí que no lo hará nunca. Bernardo, anoche, me ha propuesto un modo de salir bien; yo, como quería acabar estos escándalos, y no sabía si tendría mejor ocasión de hablar con él, jice buen semblante á lo que me dijo.

—¿Y qué te dijo?

—Me propuso un sacorio con toa la formalia y buen ver de justicia y padrinos. Si no place á mi madre esto, jaré á Bernardo que me devuelva mi palabra.

—Siempre que te conduzcas como sabes, como siempre te has conducido...

—No reciba pesadumbre, que me ofende si otra cosa pensare de su hija. Bienafortuná yo que alcanzo la consentía de mi madre; sabré portarme á su gusto y al mío.

—Cosa frecuente es entre las personas de más principalidá del pueblo el sacorio cuando las familias se oponen al casamiento; no he de oponerme yo al tuyo, cuando

hasta me parece, Rosalía, que pocas veces más te veré.

—No me dé pena, madre, y seque el llanto. ¡Quién sabe si dentro del tiempo perdonará mi padre, y volveré otra vez á su lao!

—No; me da el corazón que hemos de separarnos para siempre. Goza tú un poco de la vida, y acuérdate de que por cada alegría que tengas, viviré un día más.

—¡Oh, madre mía!—lloró en amargo raudal Rosalía, escondiendo el rostro en el regazo de la pobre.

Se hinchó muchas veces su pecho con los sollozos, se desbordó en emoción sobre aquellas rodillas donde tantas veces había jugado de niña, quiso fundirse con aquella mujer que de tal modo había recorrido su calvario.

En aquel mismo instante, se alzaba en hombros de los mozos, sobre el azul inmaculado del mar, la Virgen bellísima que

velaba el sueño de las playas y tendía su mirada á los náufragos.

Un clamor vago y dulce como el de una muchedumbre que victorea y que tan triste llega á los oídos del que llora, llenaba el cielo de la tarde vestido de celajes purísimos como los que adornan aquel cielo del arte y de la luz. El rumor crecía, se agrandaba, venía con el estruendo del rodar de olas y conducía esas notas que la distancia hace poéticas y nos recuerdan las voces que hemos oído en los sueños.

Vivas á la Virgen del Mar, aclamaciones de voces infantiles, que tienen ecos de violín, rezar fervoroso que era contestado por la multitud en nutridísima explosión de salves aladas, escopetazos de los mozos que conducían á su Virgen—casi á su novia—á la iglesia, cantos, plegarias, algo que arrastra con irresistible poder al entusiasmo religioso, lo extraordinario de un pueblo que cree y reza, se acercaba cada vez con más

fuerza, como una tempestad en la cual ardían entusiasmados los corazones.

Rosalía percibió aquel inaugurarse triunfal de las fiestas que removía en su alma tantos recuerdos pasados, sintió que se partía su alma al choque de tan hondas tristezas, y besó los labios de su madre, aquellos labios que habían sacado el color de sus mejillas á besos.

Luego la procesión se alejó gradualmente con su rumor de descargas hacia la iglesia en medio de un repique triunfal de campanas.

Pensativas y serenas como se queda detrás de los grandes desprendimientos de lágrimas, Rosalía y su madre bebían, con los ojos en éxtasis, la última luz del crepúsculo que allá en el límite del mar dibujó en un celaje una visión de fuego, y pasó por los tonos cárdeno y morado, muriendo por último en la sombra.

XIII

DESFILE

La mañana siguiente despertó con la plaza hecha una feria de alegría. Pregones de turroneiros por aquí, peroratas de «saltimbanquis» por allá, cruce de mozuelas por medio del gentío, el cual les colgaba un rosario de requiebros y agudezas; bullir de chiquillos por todos lados con sus ropitas nuevas, que les desfiguraban y les daban el tono desusado del día de fiesta; puestos de dulces colocados sobre mesas de pino, que

empezaban en la puerta de la iglesia y corrían dando vuelta á la plaza; campaneó á misa mayor, que volvía loca á la gente; mucho de olores á ropas guardadas en el fondo del arca; de perfume á limpieza y á cal que hacía irradiar al sol las paredes; de semblantes afeitados en los que la tonsura disimulaba lo tosco y bronceado de los vientos del mar; de mantillas tocando las cabezas; de peinados con rodetes de menudísimos ramales; de lujo, de gala, de donaire, de algo muy español; todo lo cual se revolvía con brillantez de paleta, y daba carácter y particular fisonomía á la plaza.

—Más adelante se verá—chillaba en un monótono desagüe de palabras el franchute dueño del desvencijado cosmorama,—más adelante se verá la bizarra figura de Prim, descollando entre *sus* soldados con el sable desenvainado y arengando á las tropas. Á *su derecha* va el general O'Donnell, notable y valiente general, que estudia el plan de

acorralar y hacer huir á los enemigos. «Dambos» á dos se esfuerzan por ganar el parapeto que se descubre en el fondo, donde el *pérfido* moro se defiende y atrinchera.

¿Quién va á verlo, señores, quién va á verlo? Es un cuadro nunca visto; sólo una *mota* vale arrimarse: ¿quién se arrima, quién se arrima?

El cuadro siguiente—continúa desbarrando el de la «catalineta»—es el de las lanzas de Velázquez. En el Museo está, señores; ¿quién no lo ha visto? *Á la derecha* están las lanzas, delante de las cuales se ve la lustrosa culata de un caballo. *Don Antonio de Solís* se inclina ante *Bonaparte*, excitándole á que le entregue los *Castillejos*; él se resiste, *mas* llega un emisario á todo correr, que dice que el enemigo ronda la fortaleza. ¿Quién va á verlo, señores, quién va á verlo?

Más adelante se verá; es el cuadro de Rosales: doña Isabel la Católica está mu-

riéndose de amor por *Don Felipe el Hermoso*. El *Cardenal Antolin*, en traje de obispo, está sentado en un sillón ayudándole á bien morir; la criada se acerca por detrás, con ojos de loca, y mira á su ama en aquel trance. Solamente á mota, señores, solamente á mota. ¿Quién va á verlo, quién?»

Los paletos de tierra adentro doblan los cuerpos enmarcando el rostro en los cristales de aumento y muestran las popas al concurso; la gente de la playa, zumbona y pícara, se ríe de la candidez de los gañanes que *miran el mundo por un agujero* para referir luego en su pueblo, más desfigurado aún que lo oyen de labios del franchute, el relato de deslumbrantes palabras.

En este puesto de confites, un campesino extiende el moquero y manda echar varias libras de lo dulce para llevar á la novia la característica *pañolá*; en aquél emplea la regocijada abuela *un rial de plata* en peladillas para sus nietos; junto á aquella mesa

tira un corro de mozos á las cañas atravesando apuestas de aguardiente que corre escanciado en las copas; más al fondo exhibe á un mono amaestrado un malicioso sátrapa que hace al cuadrumano dar saltos de gimnasta con mucho de parpadeo del mamífero y de mover precipitado las manos.

Sobre el cuadro el sol cabrillea, brilla, tiembla y se rompe sobre pañuelos, sobre mantillas, sobre colores; y por medio de la pintura atraviesa el desfile de personas que caminan á misa mayor, todas emperejiladas y despidiendo de sí rayos y esplendores.

Allí viene—¡mirad!—la oronda y resoplante médica, con todo su temblor de molas de carne, que sólo atraviesa la plaza de año en año para oír la misa y el sermón.

Detrás viene la alcaldesa con sus hijas, éstas con sombreros á estilo de la capital, y *bullones* en la parte trasera, y aquélla con su manto que deja ver tras una reja de bordados negros su cara.

Vienen pisándoles los talones la boticaria y su prole, con olor á drogas y menjurjes, pero bien cubiertas de lujo y con perifollos por todos lados.

¡Rancho, rancho! Que viene hacia acá la flor que en Guedeja parte con Rosalía el cetro de lo lindo y de lo bello; su andar es corto y pulido; lozanea y se mueve con gallardo cúneo de caderas mientras dirige el menudo pie de la china á la piedra, como si pisara sobre plata. Al entrar en los dominios de la plaza un graneado de piropos corre á lo largo de los puestos; ella los entreoye, tiñe de rubor las mejillas, baja los párpados con modestia y deja un rastro de juventud, de poesía, de amor.

Aquí llegan las de *la casa de la fuente*, de las que, si dicen, si no dicen. ¡Qué trajes vistosos! ¡Qué manoteos y qué mover de ojos! ¡Qué olor á almizcle en las ropas! ¡Les vende su aire y su atavío!

Seguidamente avanza la del estanco...

¡Qué estela deja á tabaco! Lleva en la persona, alta y fría, lo oficial de la muestra del establecimiento; su abanico es una explosión de colores nacionales.

Pero ¡callen! El redrojo de la de Boriche, que se ha pasado hasta los trece años agujereando á pedradas las pencas, apenas si se la conoce bajo la mantilla que dibuja á la luz del sol mariposeos de sombra en sus mejillas de albaricoque y en su garganta marfileña y turgente. Á medida que se acerca crece más el asombro de todos.

—¡Ole ya, la nena!

—¡Bien por mi niña!

—¡Bendito Dios qué allajo!

—¡Viva Mayo y Abril, olé!

—¿Cómo ha sido eso, mujer?

—¡Vivan los capullitos de cien hojas y los rosales de pitiminí—dijo con más majeza que ninguno Primores, quitándose la chaqueta y arrojándola al suelo para que la pisara la moza. Ésta la bordeó enseñando

un pie como una «ayosa,» y pasó como una graciosa aparición de juventud.

Pero lo bueno está aún por desfilarse. Ved poner el pie en el dintel de la plaza á una mata de mozos de los lagares cercanos. ¡Qué tonsurados los labios, qué afeitados los cogotes, qué primor de vardazca con la cual se dan golpecitos á lo largo del pernil, qué sombreros de felpa con crujiente papel de oro tras el enrejado de la badana! La petaca llévanla en un lado del sombrero de barquilla, y del otro cae un deslumbrante pañuelo de seda, tan vivo que pudiera seducir á las alondras.

Vienen los mozos entre un tropel de colores, de sedas, de flores colocadas tras las orejas, y de telas alegres y vistosas. Sólo muestran una cortedad inaudita; se juntan como grupo de cabestros, se comprimen, se acorralan, y ninguno saca á vistas la figura.

Pues allí vienen los grupos de pescadores con su calzón de paño terroso, su blusa, de

la que se exhala un suave olor á marisco; su faja arrollada al cuerpo, y los cirios corpulentos, las enormes hachas que á la madrugada lucirán en hileras delante de la Virgen en el rosario de la Aurora.

Los charranes de playa vienen con sus trajes nuevos y lindos, y ellos, lo mismo que los pescadores, describen al andar el penduleo que imprime á los cuerpos humanos el vaivén del barco y de las olas.

Todas las personas del pueblo y de las cercanías, unas con trajes lujosos que acusan posición é independencia, otras con la humilde jergueta cubriendo sus cuerpos, las de allí remedando en el donaire á las figuras de Fortuny, las de allá cargadas de adornos y de lazos, todas con la alegría en los rostros, con el entusiasmo en los pechos, se arremolinan cerca de la iglesia, en la cual ya luce el paño brillante en el altar, la vestidura de oro en el púlpito, el ascua que ha de quemar la olorosa resina en el

incensario, y la Virgen puesta en las andas entre una constelación de luces y esplendores.

Entró la gente en la iglesia, y se dió principio á la misa.

XIV

SERMON

En el momento, allá ribera del mar arriba, en el cortijo de Cumbrales, echaba galas y galas sobre su cuerpo el más que nunca apasionado Antolín, dispuesto á hacer la tercera visita á Rosalía, y la porra que había de servirle de declaración amorosa yacía acostada en una silla frente al espejo, por el cual se veía su tropel de cintas y de lazos.

Era la porra de algarrobo, y parecía un

colosal as de bastos al que se hubiera vestido de máscara, agotando en ello cuantos colores idear pudo la luz.

Las escarapelas de guitarra, vivas y airo-sas; el adorno de cintas de las sonadoras castañuelas, espléndido y vario; la moña bordada para corrida de lujo, son sombra y negrura comparados con el vivísimo traje de la chivata, la cual habría de abrirle el corazón de la mozuela.

Antolín, por su parte, quería convertirse en émulo del garrote, pues sobre el justillo de brillantes bordados y de la pechera sembrada de ojetes y pespuntos, se ataba un pañuelo como tirado allí al descuido, y pañuelos de seda asomaban por sus bolsillos, pañuelos de seda iban en su cintura y por todas partes enseñaba vistosos pañuelos de seda.

—Asienta bien el pie en el paso que vas á dar, Antolín—decía Cumbrales á su hijo con voz que parecía salir del fondo de un

coro de catedral por lo grave,—asienta bien el pie, que onde menos se piensa salta la liebre. No vayas á ir demasiado por lo llano y la moza te devuelva la porra con los lazos.

—¡Qué me va usted á decir á mí de mujeres, padre (voz de trompetilla de mosquito), qué me va usted á decir á mí que yo no sepa! La mujer es como la sandía, que la que no está sana está podría.

La sentencia á lo Pero Grullo de Antolín no desconcertó al padre en sus recomendaciones.

En *do* grave y profundo añadió:

—Es que á las veces las hay con partes güenas y con partes malas.

—Pos entonces, padre—respondió al abejorro la abeja,—no hay más remedio que hacerles la *cala*, y la *cala* es el matrimonio.

—Cierto de toa certeniá (rumor de violón), pero también sirve tener ojo de buen cubero.

—Á ojo nadie me gana, padre; en el ojo llevo yo la malicia, y lo que á mí me se escape que venga otro y lo coja.

—Lo que quiero decirte es que te conduzcas de un modo formal y serio y que el apellío de Cumbrales quee en el sitio que debe.

—Por encima de los mismos penoles queará, padre (trompetilla de insecto), y en to Guedeja no he de jallar un mozo que sepa echar comigo la porra á una mozuela.

—Pos ya debes montar sin más retraso (voz de profundis), para que vengas á pasá por la plaza á tiempo de salir la gente e misa.

Montó en el caballo, mejor aparejado que nunca, Antolín; colgó el padre el retaco con el cañón hacia tierra en la trasera del aparejo; alargóle luego la porra, que el mozuelo colocó delante de sí para que bien se viera el lujo de ella, y partieron caballo y caballero.

—«¡Amados hermanos míos en el Se-

ñor!»—decía el sacerdote en el púlpito, ya mediada la misa, cuando el armado caballero de declarar amores clavaba la espuela en el ijar del alazán, y éste porraceó con las primeras pisadas el camino.

—¡Qué día éste de esplendor para la Iglesia católica! ¡Qué día éste, repito, en que se celebra la fiesta de la Reina del cielo, Madre de los ángeles, Señora nuestra; día en que podemos decir con las palabras del Apóstol!... (Aquí una parrafada latina.)

¡Hermanos míos en el Señor!—continuó.—El tema de mi discurso de hoy es el de la celebración de los méritos de la Virgen, de la santa patrona del pueblo, que hoy viene á honrarnos desde su humilde morada, dándonos ejemplo de humildad y mansedumbre.

¡Qué honor tan grande para mí, hermanos en Jesucristo! ¡Qué honor tan grande poder referir los milagros de María, ensalzar sus virtudes, decantar su gloria, des-

cribir las excelencias de su alma, y poder decir con las palabras del Apóstol!... (Segunda parrafada latina.)

Porque no es ella solamente la que da fruto á los campos y viste de luces los cielos; no es ella solamente la que defiende bajo su égida al enfermo y cobija á los pobres bajo su manto; María es la que tiende sus ojos á nuestras almas desde la orilla del mar y piensa siempre en nosotros!

¡Oh, hermanos míos en Jesucristo! ¡Qué poder tan grande el de María! ¡Qué poder tan grande, que alcanza á todos como la luz del sol hermoso, como la luz misma que hace su beneficio sin ruido ni pompas vanas, sino en silencio, como besa aquel rayo de sol que veis entrar por aquella oji-va los pies del Crucificado!»

Esta imagen que, imitando el estilo mío, pronunció el cura antes de estar otra vez conforme con el Apóstol, produjo honda sensación en la iglesia.

Los rostros se volvieron como girasoles, primero á la luz que entraba en forma de hebra azul llena de átomos por la ojiva, y después á los clavados pies del Crucifijo, cuyo rostro se rodeaba del nimbo misterioso que dan los templos á las imágenes.

Hubo un momento de inspiración religiosa en el pueblo al ver aquel beso callado, puro, misterioso, del sol que aplicaba su boca de luz á los sangrientos pies del Redentor.

Comprendiólo así el cura, y añadió para levantar el corazón de los fieles:

—Lo mismo que ese Crucifijo recibe la caricia del cielo, debemos nosotros recibir las bondades de María: tristes, apenados, con el dolor en el alma por haberla ofendido, y considerándonos unos humildes hijos de Dios.

Porque María es la que en la arena, la que *allá* desde su gruta de rocas, que viene á salpicar de perlas el mar, tiende sus

ojos al náufrago, y lo salva; la que en la noche sirve de faro á vuestros hijos, la que consuela á vuestros esposos, la que oye la oración de vuestras madres, y sostiene á los hombres del mar sobre el abismo.

Arrodillémonos, ¡oh hermanos míos! ¡Oh hermanos en Jesucristo! ¡Sí, arrodillaos ante la santa Patrona del pueblo, ante la excelsa.....»

No se oían ya las palabras del sacerdote.

Un clamoreo inmenso, nutrido, un plañido de todas las bocas, un sollozar de frases inarticuladas, de gemidos, de rezos subía como una avasalladora ola religiosa para estrellarse á los pies de la Virgen, que sobre el fondo del altar resplandecía en medio de un incendio de luces.

XV

¿PORRA AENTRO, U PORRA AFUERA?

Cuando terminaron el sermón y la misa, y ya empezaban á salir las personas de la iglesia, entraba calvario arriba el de Cumbrales, que esta vez no parecía con la porra acuestas el mono que tiró el tiro, según la frase de las mujeres, sino antes bien una viva y emperejilada sota de bastos.

Anita, que á última hora se lanzó con una amiga vecina suya á la iglesia, fué la primera en divisarlo á lo lejos, y después

de sentir un brinco en el corazón que la dejó sin color y medio muerta, graduó el paso para que toda la gente estuviera en la plaza á tiempo que ella llegase, que sería en el momento preciso de entrar también el pretendiente.

La voz de que se acercaba la presencia del mozo cundió con una alegría extraordinaria.

Unas personas por haberle visto hacer las anteriores visitas á Rosalía, otras por haber oído hablar de él, todas entraron en inusitado deseo de verle á caballo, y el pueblo entero apresuró el paso hacia la plaza.

Iba á ser aquello una ovación colosal para Antolín, un triunfo en medio del cual él, que había ya notado desde lejos el arremolinamiento de gente, hubiera querido echar la porra á los pies de la moza, para que el mundo entero fuera testigo de su gala y de su amor.

Fué subiendo calle arriba; se acercó más;

entró por fin en la plaza con el caballo deshaciéndose en escarceos.

Sobre el mozo cayeron millares de miradas ansiosas.

—¡La porra! ¡la porra! ¡Ahí trae la porra!—fué lo que circuló de boca en boca á su presencia por todos los ámbitos cercanos.

Anita, muy emperejilada y puesta, adelantóse cogida del brazo de su amiga, y atravesó, ante todos los ojos, delante del caballo.

Antolín que la ve por detrás, cogida del brazo de la otra moza; él, que considera que puede ser realidad lo del triunfo soñado; él, que toma á la mujer que acompañaba á Anita por Rosalía, tírase sin más de la bestia, enarbola y sacude en el aire con toda la majeza de que era dueño el tropel de lazos de la porra, y antes de encararse con ambas mujeres y poniendo una rodilla en tierra, arroja al suelo el garrote y pregunta:

—«¿Porra aentro, ú porra afuera?»

Retiróse la acompañante de Anita, vista la desproporción de la pareja y lo ridículo del lance; quedó sola ésta con la declaración á sus pies, y resonó una carcajada colossal, inmensa, indescriptible, en toda la plaza.

Antolín, reconocida su equivocación lamentable, sintió que le flaqueaban las piernas; montó como pudo en el caballo; amorró la cara contra el pecho corrido de vergüenza, y salió calle abajo, para no volver más al pueblo, queriendo huir de sí mismo y de la tierra.

En la plaza, cada cual soltando por su lado grandes carcajadas entre contorsiones horribles, se ofrecía un cuadro trágico de hombres condenados perpetuamente á la risa.

XVI

PREPARATIVOS DE UN LANCE

—Quien te quiere á tí—dijo, acercándose á Anita, Primores, después del cómico sainete y con aquel farandulear suyo y afición á requebrarlo todo,—quien te quiere á tí, Anita, rama de limón en flor, tallo de yerbabuena, es este corazoncito de oro, este pecho que si respira es por tí, si siente es porque tú le estremeces, y si vive es porque todavía no me has dicho que no.

Otros intentan declararte su pasión y te

dejan; yo siempre sigo queriéndote, porque no miro sino por tus ojos.

No obstante el pasillo á que había dado motivo la moza, al escuchar (siempre era la misma su naturaleza) aquella explosión de flores que salía de boca de Primores, estremeciósese su cuerpo y sintió la picadura del amor.

La iba acompañando él hacia su casa, no sólo porque era camino de la del mozo, sino porque durante los días y noches últimos, en los cuales habían pasado tantas cosas relativas á Rosalía de que él no pudo enterarse, estuvo encerrado en su casa erre que erre, buscando los términos de una carta que enviar á la hija del tío Justo, proponiéndole lo que ya tenía ella convenido aquella noche con Bernardo, el *sacorio*, y miraba en Anita el vehículo que condujera la carta á su destino.

Viendo de hacer coyuntura para endosársela, tiraba del ovillo de flores, que ella oía siempre tan á gusto.

—Lindo ramillete de dalias, Ana, Anita, no lleves la boca tan queda cuando sabes que tus palabras me sirven de alimento; échame una limosna, por Dios, de tu voz en el oído.

—No puedo creer que me quieras—dijo con mascamientos de deseo la gigante.

—¿Que no te quiero dices? ¡Ay qué muerte de palabra acabas de darme! ¿Conque no vivo por tí, y no sueño contigo, capullito de granao, lirio celeste, paloma mensajera... ¿Sabes tú lo que es paloma mensajera?

—Claro que lo sé.

—Pues yo besaría donde tu pisas, y giraría los ojos donde tú, y mudaría mi corazón á tu pecho, si tú, paloma de luz, ave de oro, llevaras en tu pico un papel escrito á Rosalía.

—¿Una carta?

—Como ésta; si lo haces como deseo y me complaces, copito de espuma, búcaro de flores, te he de robar el aliento para ali-

mentarme con él, te he de tomar medida de la boca pa mandarle hacer á un rosal un capullo como ella, he de besar la maceta que venga bien con tu cintura, y he de comerme la almendra que tenga el tamaño de tu pie.

Anona, con tal que siguiera en su letanía amorosa Primores, guardóse la carta y puso abierto el oído.

—Contigo he de bailar esta noche en la plaza; no faltes á la fiesta; mandaré hacer un trono en ella pa que en él coloques tu cuerpo; tú serás reina de la noche y de mi alma, y yo no sabré sino mirarme en tus ojos.

Aludía Primores á la fiesta pública, al *fandango* que cada año se celebraba en Guedeja la primera noche de feria.

Era el sitio elegido para celebrarla la plaza.

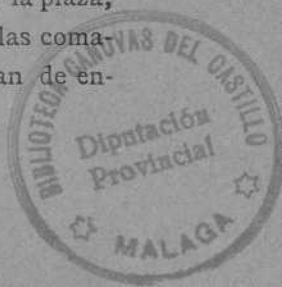
Apenas anoecía, un acarreamiento formidable de tablas, extraídas con venia de

sus dueños de los establecimientos de cajas, un trasiego de sillas, de bancos, de puntales, de todo lo que se necesita para alzar un inmenso tablado, daba vida á las calles del pueblo, el cual se preparaba para sacudir los zancajos al son de la música y para dar una batalla á los cuerpos.

Cuando llegó la noche, toda esa vida, todo ese movimiento se notaba en la gente, sobre todo en los mozos y mozas, que veían llegado el instante de decirse varias ternezas en el pillá que te coge de las mudanzas.

Fué lo primero que apareció á orilla del tablado una bandada de chiquillos con corpulentos cigarros en la boca y mucho de escupir y gallear echándola de hombres, como que ya entraba en las audacias de su imaginación seguir en el baile á alguna moza y echarla á los pies cuatro flores.

Luego comenzaron á hulusmear la plaza, sin darse francamente á vistas, las comadres y murmuradoras, que habían de en-



contrar tema en la fiesta para su comidilla diaria, salpimentada con la dosis de exageración conveniente y con los falsos testimonios al caso.

Siguieron á éstas algunas madres con sus hijas, no ya para tomar asiento é ingresar en la fiesta, sino para dar un *valsón*, una *jopada*, y aquilatar, y ver, y tomar medidas y distancias.

Con un buen golpe de mozos, ya *alpisto- lados* con algunos pares de tragos, llegó la banda de música, cada hombre con su instrumento bajo el brazo, que relumbraba á la luz de la luna y á la de los candiles y velones de cuatro piqueras, velones de Lucena, que colgados de los altos postes daban parpadeantes reflejos, cuando el viento soplaba, al auditorio.

El músico del bombo, rodeado de una espesa nube de chiquillos, avanzaba con su colosal barriga sobre la que caía el parche tremendo, y una vez cerca del tablado se

descolgó el aparatoso instrumento entre el pasmo y el recelo de los muchachos.

Todos los *piteros*, lo mismo el de manos de largos dedos y secas falanges que «arañaban» sobre los boquetes de la flauta, que el de los platillos, los cuales parecían á los muchachos vivas ruedas de sol, que el del bajo con su inmensa boca dorada por dónde salía como un rumor de terremoto, mostraban sus crecidas melenas, sus trazas extrañas, su aspecto de hombres mitad bruja mitad macho de aquelarre, y que tenían el poder, el don diabólico de sacar aquellas algarabías de notas de los instrumentos mientras ostentaban sus narices de loro y se comunicaban con incoherente hablar de cotorras.

Desfundaron unos los clarinetes, otros los cruces y enredos de su aparato músico, aquél el cerdeante oboe con sus llaves metálicas que tecleó con soltura increíble el profesor, éste la trompa que rodeó á su

cuerpo como un espantoso culebrón dorado, y ocuparon una esquina del tablado en torno á los atriles de forma de lira y dejaron en el centro del círculo al maestro.

Éste mostraba unas gafas espatarradas en las narices con más mugre que capotín de pordiosero; repartió las partituras llenas de hormigas cabezonas á los músicos; colocáronlas éstos sobre los atriles al lado del cabillo de vela que las alumbraba, y comenzó un tanteo de dedos, un desplegamiento de agilidad, un á modo de leer y deletrear con los instrumentos en las hojas como muchacho que repasa precipitado la lección para darla inmediatamente con el maestro.

Éste miró á uno y otro lado con la varita mágica en alto, desvió el brazo para hacer con la batuta y la música lo que hizo con la vara y el agua Moisés en el peñasco, y al subir la mano á la mayor altura, un golpe de viento repentino le arrancó al hombre el sombrero de la cabeza y le hizo

un embrollo sobre el rostro la melena.

Escupió al contacto de los pelos que le entraron en la boca, corrió tras la caperuza, mientras el aire le abría los faldones, y unos músicos con el pie, otros con la mano, intentaron detener á la prófuga, que al fin fué sometida á prisión.

Entre un triunfo de risa de los muchachos, el maestro alzó de nuevo el brazo y lo dejó caer con aplomo y brotó el acorde valiente, el raudal de música grata, la expresión más popular del arte que puede llegar á ojos y á oídos.

Aquello fué un «desracimarse» del pueblo al oír el compás brillante de la música.

Huyeron primero los muchachos en todas direcciones hasta desembocar en la plaza; precipitaron las mozuelas su tocado con mano temblorosa y rostro alegre, dándose el último vistazo al espejo; liáronse las madres los mantones por si allá, á medianoche, se alzaba gris en la plaza, y

todos, grandes, chicos, hombres, mujeres, hasta la vieja con dientes del tamaño de dientes de ajo y varias generaciones encima, estiró las zancas y fué á dar su olida á la fiesta.

Sólo no acudieron varias personas: el tío Justo, porque en celebración de la noche se había emborrachado atrocmente y roncaba como un cerdo en la cama, con aquel sueño profundo de su cuerpo; Rosalía y su madre, porque se aproximaba quizás su eterna despedida, que había de verificarse más tarde; y Anita, porque encerrada en su cuarto á piedra y lodo, leía y releía á la luz de su velón un papel: era la carta de Primores.

Con su olfato sutil para lo amoroso, olió que aquel sobre encerraba algo dulce para el alma y algo gustoso para el cuerpo, y se decidió á sacar lo escrito y á leerlo con mezcla de envidia y de deseo.

«Si accedes—decía en uno de los párrafos la carta,—la señal será un pañuelo, una

cinta, que pondrás á medianoche en la reja.»

No eran aún las doce, y ya el aire sacudía entre las flores de la ventana un blanco jirón que la trémula mano de Anita había colgado á los hierros, secuestrando la aventura á Rosalía.

«¡Qué gusto ser sacada, ir suspendida del hombre que se quiere, confundirse los alientos en la carrera, estrecharse, huir la persecucion de la gentel!»... Todo esto pensaba á su manera la tonta, consecuente con la vocación de las de su medida cerebral, y abrazada en deseo, preparaba el lance más chusco á Primores que tuvo nadie en la tierra.

Él, que esperaba ver caer en sus brazos desmayada de amor á Rosalía; él, que desearía oprimir su cintura al arrebatarla á las ancas del caballo; él, que se prometería mil barrumbadas ante los mozos después del lance, diciendo á voz en cuello en la

plaza: «Mirad la más linda flor de Guedeja por mí depositada y sustraída á su padre,» iba á dar el crismazo mayor que dió hombre nacido, é iba á ser el hazme reir, más que lo era, de la gente.

La hora que señalaba Primores era las dos de la mañana, cuando fuese terminando la fiesta.

Abriría ella la puerta de la calle con el mayor sigilo, y allí la esperaría el mozo, dispuesto á subirla de un frenético abrazo á su caballo.

Contaba Anita los minutos, las horas, soñando con la fuerza de los brazos que habían de ceñirla y con las palabras de amor que habían de caer en sus oídos.

Noche señalada también para el sacorio de Rosalía, no se hallaban el ánimo de la hija, que se iba, ni el de la madre, que se quedaba—menos el del cuerpo bruto del hombre,—para percatarse del teje maneje de Anita, ocupada en colgarse cuantos lazos

encontraba á mano y en llenarse el rodete de flores y moñajos.

Dió la una de la mañana.

Por detrás de la casa de Rosalía se oyó —solamente desde aquel lado— un rumor nutrido de hombres, un patear de bestias, una confusión de resuellos agitados como de tropel que hubiese llegado á la carrera.

Seguramente se trataba, no era posible dudarlo, de sacorio.

XVII

LA DESPEDIDA

Era la gente de Bernardo.

Con el pecho anhelante y tratando de ahogar los ruidos que producía con el vestido, describió Rosalía la puerta del corral y quedó sobrecogida de emoción.

En un ángulo de la tapia se veía medio escondida la puerta que daba al campo, por la cual habría de escapar.

Detrás de ella la aguardaban, de antemano convenidos, una lucida cabalgata de mo-

zos, el juez del pueblo que había de testificar el robo de la novia, la madrina con todas sus randas y abalorios encima, á las ancas del caballo que montaba el padrino, y Bernardo, que puesto que cada cual tiraba á ir bien portado y á lucir ricas prendas, delataba á la legua ser el novio desde la bota sembrada de arabescos y torzales hasta la felpa del sombrero, y dejaba ver en su persona pantalón lleno de colmenares de plata, faja que rodeaba su cintura, justillo con unas motas de azul y otras de rojo, chaqueta con golpe de trencillas en la espalda, y la camisa más llena de pespuntos, calados y ojetes que se vió en pretendiente enamorado.

Así era él cuando llegaba la ocasión.

Una sensación fría heló el cuerpo de la mujer al persuadirse de que venía por ella aquel tumulto. Sintió pavor, miedo, falta de acción en el cerebro, algo como el atosigamiento de una pesadilla.

Era evidente: allí estaban ya Bernardo,

los padrinos, el juez para tomarla en depósito; no era otra persona á la que buscaban: era á ella, á ella misma.

El temblor de todo su cuerpo era infinito.

Como si despertara del sueño de muchos años y saliera un instante de su atolondramiento, doña Prudencia se sintió en aquel supremo instante más madre que en todo el resto de su vida. Hizo un profundo esfuerzo como si se llenara de energía, se sacudieron todas las fibras de su alma, agrandada de pronto hasta desbordarse de ella, echó «garras» en los ojos, y afianzó con ellas y con las manos á Rosalía.

—¿Son esos?—preguntó con un abrazo que tenía algo de estrangulación.

—Ellos, ellos son.

—Pero...

No supo cómo seguir la mujer.

Parecía efectivamente sueño todo aquello.

Llevarse á la hija suya, á Rosalía, á la

única que le tenía cariño en aquella casa, á la que había criado y visto gatear en sus rodillas, y crecer, y llegar á ponerse á la altura del beso de su boca...

Apretándose ambas en un abrazo, como si fueran á fundir sus dos cuerpos, quedaron sin acción unos instantes: en esa idiotez de los casos supremos se acordó Rosalía, por un fenómeno rarísimo, de una vez, cuando ella era pequeña, que se le cayó un espejo de las manos; luego no volvió á acordarse de ello en toda su vida.

—Pero ¿es cierto que te vas?—dijo llorando con las entrañas la madre.—¡Oh! ¡me vas á dejar sola, sola!

—¡Madre mía!—sollozó con un dolor inmenso, imposible de pintar, la moza; y no hallando palabras de más honda y poderosa expresión, volvió á repetir:—¡Madre de mi alma! ¡Madre mía!

Caía de los ojos de ambas un diluvio de lágrimas.

¡Qué noche para la despedida!

Resonaba á lo lejos la fiesta con un rumor que hacía triste la ráfaga de viento que mecía el acorde, trayéndolo al oído y alejándolo.

Era la expresión del pueblo que gozaba, que reía, que aprovechaba con ansia los instantes de aquella noche feliz, que no regresaría hasta otro año. En la casa nada se oía, á no ser la respiración bronca del cuerpo alcoholizado y el murmullo de la conversación de madre é hija, como un doliente y apasionado aleteo de tórtolas.

—¿No me olvidarás nunca? ¿Te acordarás de esta pobre vieja?—decía con los labios cosidos á las mejillas de la hija la infeliz solitaria, que tenía por última vez entre sus manos la estrella que dejaría en oscura noche su vida.—No sabes cuánto te quiero; ahora que salen tus raíces de mí, siento que me quedo sin corazón y sin alma. ¡Adiós, adiós!...—Y daba nuevos besos

en sus mejillas, y volvía á oprimirla á su pecho, y le alzaba el cabello de la frente y colmaba de besos sus pensamientos. Se veía que lo que deseaba besarle ya era el alma, y la buscaba con los labios á través de sus mejillas y de su frente.

Rosalía derramaba en silencio, para no levantar ruido alguno, los sollozos que se acumulaban en su boca.

—¡Adiós tú también, padre!—dijo muy quedo, volviendo los ojos á la habitación que éste ocupaba.

En aquel instante no recordaba la hija las injurias de la bestia que yacía tendida en el lecho, ni sus tratos inicuos y feroces.

Perdonaba las ofensas recibidas en aquel adorado sagrario de su niñez y se hacía ella misma para andar un camino de lágrimas.

Otra vez resonaron nuevos adioses, volvieron las caricias, estallaron los sollozos y se soldaron por largo tiempo los labios.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?—borbotó con

voz mitad ronquido, mitad eco inteligible, el padre, bregando y haciendo crujir el lecho de su alcoba.

Una petrificación de los cuerpos de ambas mujeres y un silencio completo, absoluto, siguió al rugido de la fiera, que, aun vencida, luchaba con las cadenas de su profundo sueño.

Allá muy lejos, hacia el sitio donde hormigueaba la fiesta, se oyó desde la casa en aquel instante, más claro que nunca, el vocerío vago del pueblo, el rum rum de muchedumbre que se agita, las voces aisladas que llegaban como de lo profundo de un sueño, y la ráfaga musical leve y poética que apenas se atrevía á herir con una levísima cadencia los oídos.

Un nuevo crujido del lecho cortó aquel mágico efecto de la noche.

Las mujeres dieron un paso atrás, presas de un terror inmenso, y quedaron pegadas al muro.

XVIII

ÚLTIMO ADIÓS

Era que el estado del cuerpo del hombre traía á los labios de éste frases confusas y terribles.

La congestión se cernía sobre él moviendo sus olas de sangre; pero no había que temer por su vida, porque se agarraba con demasiada fuerza á su cuerpo.

Era feroz para todo el tío Justo, hasta para caer vencido: sólo que no pudo sospechar que mientras él durmiera, la conde-

nada por él á prisión huiría sobre las ancas de un caballo.

Un último abrazo, tan callado y mudo que sólo se percibió por un crujimiento de huesos, fué la despedida postrera de madre é hija, temerosas de que despertase efectivamente la fiera.

Rosalía abrió ambas hojas de la puerta y quedó enfrente de la noche.

La extensión, limitada por tapias con cobertizos á los lados para los pastores que señalaban el anchuroso corral, se bañaba de profundo misterio y reposaba con el sopor de la naturaleza que descansa.

Dormía en largo palo, bajo techado, la larga retahila de gallinas; apeñuscaban los cerdos cuerpos y cabezas dibujando una mancha en el suelo; rumiaban las cabras con soñoliento mover de mandíbulas, y en un ángulo dejaba caer la parriza, en forma de racimo, un cairel de oro del verano.

La moza tuvo que reunir toda su fuerza

en un arranque de resolución para no volver atrás y dejar en una perpetua cita á los mozos.

Se paró á escuchar unos momentos.

Lejos sonaba el bronco concierto de las ranas; un ruiseñor entonaba desde un álamo blanco la última estrofa del estío, y poblaban el aire rumores de insectos extraños, vibraciones de alas que «tíjereaban» á la luz de la luna...

Rosalía oyó aquella medrosa canción de la noche.

Se aproximó más á la puerta de escape y percibió palabras pronunciadas á media voz por los mozos que fuera aguardaban su salida.

Notó así como el trasiego de una numerosa comitiva, golpes de cascos en la tierra, respiraciones fuertes de caballos, toses ahogadas y el rumor, en fin, del sacorio.

Una sensación fría corrió por su cuerpo y retrocedió algunos pasos.

Detrás de aquella puerta le esperaba el hombre con quien había de unirse para siempre; la aguardaban los mozos que huirían con ella, haciendo volar sus caballos y despertando á la gente con los triunfales disparos de sus armas.

Se apoyó un instante en el muro para no venir al suelo de emoción.

Cerca vió el techado que guardaba los enseres de los pastores, que á aquella hora daban brincos y saltos en la fiesta. Colgados de varias estacas contempló los recios sajones que á diario luchan en el monte con las jaras, las árguenas conteniendo el duro pan de la gente.

Iba ya á abrir la puerta para escapar, y apoyada tenía la mano en el cerrojo, cuando sintió un ruido tras de sí que la hizo volver de repente y quedar pegada é inmóvil en el muro.

Á la dudosa claridad de la noche avanzó desde un extremo del corral un bulto blan-

co, que una vez que hubo andado algunos pasos quedó parado no lejos de la tapia. ¿Sería algún pastor que estaría en su acecho, y una vez que la vió decidida á escapar salió de algún ángulo donde lo tendría oculto la penumbra?

La contracción nerviosa ocasionada por el sobresalto hizo azulear de miedo su rostro.

Luego acelerósele el ritmo de la sangre y sintió horribles martillazos en el cerebro, igual que si sobre su cabeza se construyera un macizo arco de templo.

Apartar la vista del objeto que produce terror parece que nos pone más lejos de él. Rosalía clavó los ojos en el muro, pero dijérase que veía por todo el resto de su cuerpo.

Era en aquel instante una mujer todo pupila.

Con un poco de temblor en los labios permaneció no pudo saber el tiempo.

No se movía la visión, ni se movía ella del muro.

Al cabo, cuando dió algunos pasos más la sombra, y la mujer vino en conocimiento de lo que era, el terror ocasionado se resolvió en un profuso y apenado diluvio de lágrimas.

El animal elegido por ella desde pequeño para darle la comida en su mano, la oveja que tomó parte en sus juegos, se había alzado de la piara que dormía en el suelo y acudía á su encuentro después que hubo notado su presencia.

Era, con la de su madre, la única despedida que recibía, al huir de aquella casa para siempre.

La idea removi6 los sentimientos que dormían allá en todo lo más hondo de su alma é hizo temblar de pena sus entrañas.

La llamó con la señal convenida, y el bulto blanco resbaló hasta llegar á su lado.

Rosalía dejó en su cuello uno de los más tiernos abrazos de su vida.

No podía resistir por más tiempo aquella escena, y puso la mano en el cerrojo.

El hierro chirrió dentro de los anillos oxidados, y abrió ambas hojas de la puerta, dejando ver á Rosalía el confuso tropel de hombres y caballos.

XIX

EL SACORIO

Fué la primera manifestación de su virtud apellidar á la justicia, puesto que ya estaba fuera del lindero del hogar; y cuando llevó á su conciencia la persuasión de que estaba custodiada por la ley, con frases de mucho comedimiento y un incomparable modo de respeto, saludó á los que de aquel modo desplegaban rumbo y gallardía en su obsequio, y se dejó coger en brazos por el padrino, que alzándola dos varas del suelo,

la sentó á las ancas del caballo que montaba el felicísimo Bernardo.

—¡Bienafortunao yo!—deslizó solamente en el oído de la mujer el mozuelo, sintiendo que ella le rodeaba la cintura con un medio abrazo, por una inevitable exigencia de la postura.

El sacorio se realizaba hasta aquel instante sin tropiezo.

Quien haya asistido á esta costumbre clásica; quien haya visto esta fiesta típica de amor en una serena noche de estío, cuando la vida rebosa en los cortijos y están llenos los campos de gente; quien haya formado en la cabalgata espléndida donde cada escopetero va á lomos de andaluz caballo echando de sí rumbos y donaires; quien haya presenciado el despertar ansioso del pueblo cuando salen á la calle viejas y mozas á comentar el escandaloso suceso; quien haya escuchado los gritos, las voces, el estruendo de cascos en las piedras, los infini-

tos ladridos de los perros, y el tumulto que se produce en la comarca, podrá formarse idea del arrebatador aspecto del cuadro y de la confusión que reina en sus figuras.

No faltaba un tilde á la «indumentaria» de cada bestia de las que componían la cabalgata.

Lucía soberbio *aparejo redondo* el brioso caballo de Bernardo; y sobre el lomo reluciente, de pelo tan negro como la sombra, hacía su oficio un elegante sudador que sujetaba finísimo albardón molinero; descansaban sobre éste una anea trasera y otra delantera con profusas caídas que rozaban la piel del animal; tres ropones con aguacero de sedas á las bandas completaban la artística carona, y encima de ésta abríase una enjalma con atajarre bordado de estambres y rosas de colores; pendía del ancho y majestuoso pecho un pleital magnífico, del que chorreaban pájaros bordados y sedas espléndidas; enseñaba un mandil con cabe-

zal su oleada de flores alternadas con lazos y arabescos; y ciñendo la sobre-enjalma, comparable á una profusa carga de rosas, de la que salía el blando y cómodo cujón de las ancas, oprimía la cincha el recio vientre del bruto, que, con escarceos gentiles, hacía ondular los lazos del bocado y de la arrogante curva del cuello, y sobre las nalgas, anchas y airosas, mostraba el atacola de seda, del cual caía un raudal de borlas de tonos vivos y brillantes.

Al tenor de la del caballo de Bernardo eran las demás monturas.

Por donde quiera no se veía más que largas caídas de sedas, atajarres bordados, mantas de una riqueza suma y bellos adornos y primores.

Arrancó el primero de todos el padrino, y su caballo levantó una explosión de chispas de lumbré de las piedras y dió la señal de movimiento al pelotón confuso de las bestias.

Unos jinetes enterrando las manos en las crines para afianzarse en la postura, otros ciñendo en forma de paréntesis las piernas á ambos lados del bruto, éstos inclinados hacia adelante como se inclina el *jockey* en la carrera, y todos revueltos y confundidos azotaron el camino que huía á lo largo de la tapia del corral y desembarcaron en la plaza.

En aquel instante, hora de la cita de Primores, se aproximaban por el otro lado de la casa del tío Justo, por el lado donde se hallaba la reja, los mozos amigos del derrochador de decires, con el objeto de coger en su propio nido al pájaro que acababa de volar por la otra puerta.

Primores y los que le acompañaban iban en la absoluta confianza de que Rosalía era la que habría de descorrer el cerrojo y arrojarse en brazos de su amante.

Hay que decir, en honor del galante rondador, que si bien la cabalgata que dispuso

en honor de la moza no era lo lucida que la de Bernardo ni llevaba aquel nutrido pelotón de caballos, por lo menos contaba entre los hombres al alcalde, que había de dar legalidad al robo de la moza.

Pero esta formalidad misma era una circunstancia que favorecía lo cómico del lance y le daba relieve y colorido, puesto que se traía allí hasta al alcalde, para que diese fe de que Primores, el gárrulo mozo de Guedeja, la nata y flor de lo pulido y de lo majo, cargaba, no con la linda Rosalía, causa de su pasión, sino con el armatoste humano, con la imbécil que había interceptado su carta, con la tarasca horrible cuya popularidad era extraordinaria en el contorno.

—¿Eres tú, lucero, estrella de la mañana?—preguntó muy quedo Primores, pegando con misterio la cara á los hierros entre el profuso follaje de la enredadera.— Por fin te apiadas de este pecho, de este

corazón que te adora y no sabe vivir sino por tí.

Anita respondió al susurro amoroso con un

—Sí, estoy esperando tu cita—que cayó como un trozo de paraíso en el oído del mozuelo.

—No sabes la felicidad que llena mi pecho viendo que acudes á la reja, que consientes en darme tu mano y que te hallas dispuesta á seguirme, flor de las flores, rui-señor divino, campanilla de tu reja. ¿Tienes ahí la llave de la puerta?

—Sí—contestó, sin voz, Anona, cuyo rostro no se veía en la penumbra del follaje.

—Pues abre con sigilo, niña mía, cachito de cielo, que aquí están el alcalde y los mozos, esperando que salgas pa que huyas con nosotros del pueblo.

Los ojos de Anona chispearon de gozo; sus pupilas adquirían una dilatación ávida

que daba sello monstruoso á su rostro.

Con todo el comedimiento y la compostura de quienes habían de hacerse cargo de un tan delicado tesoro como Rosalía, esperaban los mozos cerca de la reja á que apareciese en el umbral la visión divina de la moza.

Caía la luna blanqueando la calle desierta y le daba ese aspecto misterioso que tiene la mudez de las cosas á medianoche.

Sonó un ruido fuerte, producido por la corpulenta mujer, la cual se dirigió á tientas á la puerta, ansiosa de meter la llave en la cerradura.

Dormía el tío Justo, y la señora Prudencia, después de la despedida, había quedado hundida, sepultada en el más hondo abismo del dolor é insensible ya á las cosas de la vida.

Se agachó Anita para quitar la tranca á la puerta, arrancóla con mano forzada, é hizo la casualidad que cayera de sus manos

al suelo, levantando un ruido fortísimo, el ruido del palitroque que rebota y suena como si estuviera templado por música.

Esta vez despertó de pronto la fiera.

Se incorporó bruscamente, y vió atravesar ante la mancha blanca de luna que dejaba ver la reja, un cuerpo enorme y rápido, un contorno de mujer.

La impresión de que pudiera ser Rosalía, que tuviera cita con Bernardo, le barrió al hombre la borrachera del cerebro.

Absolutamente fresco, tiróse de la cama y se precipitó á la ventana.

Anona, deseosa de acabar, metió la llave en la cerradura, abrió y dió un paso hacia la calle.

Lanzóse Primores á su encuentro.

—¡Rosalía! ¡Oh, Rosalía!—dijo cogiéndola entre sus brazos y volviendo la espalda á la puerta, cuyas hojas quedaron entornadas.

Pero al ver, con asombro imposible de

decir, que estrechaba como un apasionado á la gigante, la cual deshacíase en babas amorosas, y al oír la carcajada espantosa, terrible, del alcalde y de los mozos, creyó que venía al suelo de emoción.

Tomando todo aquello el tío Justo por que Bernardo escapaba con su hija, abrió ambas hojas de la puerta con movimiento repentino.

—¡Toma, ladrón de mi hija, toma!—dijo hecho un monstruo de ira, y dió dos furiosas patadas á Primores, ¡en qué sitio, Dios justo, para su fama de apuesto y enamorado!

Volvióse á la «alusión» el mozuelo, y el viejo fué esta vez quien quedó mudo de sorpresa.

¡Primores robar á su hija! ¡Primores, el de la herencia! ¡El de la olla de onzas que debía estar guardada en sitio seguro!...

Hubiera dado la vida por devolver los dos puntapiés á su zapato.

Disponíase á pedir perdones, cuando recibió la tercera sensación de la noche: fué al mirar el rostro de la prófuga.

Pero... ¿era su hermana aquélla?... Su hermana, sí, su hermana misma, no estaba soñando. Pero ¿y su hija?...

—¡Rosalía, Rosalía!—gritó, furioso, recorriendo las habitaciones de la casa.

Allá, en la plaza, donde desembocaba en aquel instante el sacorio, se oía un gritar inmenso, una voz como de alarma que salía de todas las bocas y decía:

—¡Sacorio, sacorio! ¡La hija del tío Justo, la hija del tío Justo y Bernardo!

El viejo, que oye este aviso; él, que percibe la tremolina y júbilo lejanos; él, que no halla en la casa á su hija, coge la escopeta y se lanza, resuelto á matar, á la calle.

Lejos oíase como un grito universal de alegría:

—¡Sacorio, sacorio! ¡La hija de tío Justo y Bernardo!

Vino después de este primer est ruendo el echarse en cada casa, los que se habían acostado, del lecho; el asomarse por rejas y balcones, el preguntar y el registrar con ojos ávidos la calle.

Todo el mundo, grandes, chicos, viejos, jóvenes, retozaban y brincaban de júbilo ante la idea de que había sido burlada la temible fiereza del tío Justo.

Á la calle se echaron con prontitud nunca vista comadres dándole á la lengua y acompañando la acción á la palabra, viejas con la sarta de chismes en la boca, mozuelas que deploraban no ser ellas las sacadas y se mordían los labios de envidia, y una invasión de chiquillos que para todo parece que brotan de las piedras.

—¡Por fin le dieron esquinazo al bribón!
—decía una mujer, con la cara soltando chorros de alegría.

—Pa el amor no valen cerrojos.

—Al cabo y á la postre fué vencía la fiera.

—Como que hubiera sío una lástima si no.

—Mira que han urdíó bien la trama; nai-de sabía si la cosa era esta noche.

—Claro, como que él y ella se habrían cosío las capas y se habrían puesto de acuerdo.

—Malegro con toa mi alma; bien merecío lo tiene el ladrón.

—Eso digo yo, bien merecío lo tiene.

—Esta noche es de alegría pa el pueblo.

—Eso es que ha jecho un milagro la Virgen; la Virgen na más ha sío.

—Si no poía ser más que así.

—Pues Rosalía bien triste que lleva la cara.

—Es natural, mujer, al fin deja su casa y su madre.

Todos estos diálogos, todas estas exclamaciones, todas estas frases y decires se revolvían, chocaban entre sí, cundían por todas las bocas como un contagio de ale-

gría, y sólo eran acallados un momento cuando pasaba por medio de los grupos alguna persona de la familia del viejo echando lumbre por los ojos.

La cabalgata pasó como un tropel fantástico por varias calles del pueblo, hizo algunos disparos al aire para dar más acentuado carácter al sacorio, y salió con su retintín de bocados, de espuelas, de armas, por la lejana punta del calvario.

Á aquel ruido inmenso, los trabajadores que en los distantes cortijos dormían á la cabeza de los toldos, los arrieros que velaban teniendo las apacentadoras bestias á *prao*, los pastores que descansaban bajo los cobertizos, y todo mozo y todo cortijero, aplicaron el oído á la distancia y escucharon claro y distinto el ruido de la fiesta.

—¡Sacorio, sacorio!—resonaba en todo el contorno como una voz inmensa de júbilo, y el estruendo crecía, los gritos cabalgaban en el viento despertando los ecos de

los peñascos y el tropel de escopeteros ponía furioso redoblante á aquella imponente sinfonía.

El tío Justo, con cara aferruzada y terrible, de donde partían rayos de venganza, cruzaba entre la gente que se abría á su paso, y empuñaba el arma mortífera, deseando meter la bala en algún pecho. Bufaba, echaba espumarajos por la boca y trituraba entre los dientes un monologar sordo y profundo.

La cabalgata vació, formando un alegre graneado, sus armas en la distancia; dió á los novios los prostreros vivos, que llegaron atenuados y débiles en el viento; y todavía, allá, detrás de los valles y de las lomas, se vió un último fogonazo que dejó rotas como por una viva herida de luz las tinieblas.

El viejo, viéndose impotente para alcanzar ni con los plomos á su hija, tiróse al suelo, presa de un ataque de ira, y empezó á revolverse describiendo las contracciones

y saltos de una danza de rabos de reptiles.

Cuando regresaba la gente á la plaza, uno á quien había sabido á poco la fiesta, cantineó entre dientes, entre risas maliciosas y comentarios alegres:

No hay tren, caballo, ni viento
para el amor que se escapa,
ni su carrera se vence
con el correr de una bala.

XX

EL ROSARIO DE LA AURORA

Los dos bandos en que á última hora se dividió el pueblo—tal incremento habían tomado los amores de Bernardo y Rosalía,—el uno, el mayor y casi el que lo era todo, partidario de que el codicioso tío Justo cediera la mano de su hija á Bernardo, y partidario el otro de que Rosalía fuese, bien para Antolín, bien para Primores, se habían dividido en la procesión cuando á la madrugada salió de la iglesia, y cada

cual con su cirio encendido ocupaba la hilera que le correspondía, formando calle delante de la Virgen.

Mucho era el odio que de súbito llegaron á profesarse para que sus pensamientos fuesen entregados á místicos transportes antes que al afán de armar escandalosa sarraquina cuanto una sola persona dijese algo á favor ó en contra del sacorio.

En las caras retratábase el deseo de ir del propósito á las palabras y de las palabras á los hechos, sin respeto alguno al severo cuadro religioso, y flotaba en la atmósfera ese algo que antecede á los sucesos extraordinarios.

Abría marcha á la procesión un alto y musculoso portaestandarte, partidario del triunfo de Primores; seguían dos largas hileras de devotos, largas hasta ocupar casi de punta á punta la calle, lanzándose miradas de reojo y empuñando el encendido cirio con más gana de romperlo á cintarazos

que de consumirlo puestas las pupilas en la Virgen; marchaban en seguimiento los hermanos, con las insignias en el pecho; los mayordomos, mostrando su principalidad é importancia; los pescadores, abiertos en hilera ante la imagen con las inmensas hachas apoyadas en las cinturas; los mozos vestidos de escopeteros que iban disparando al aire salvas de gloria; iban también hombres de los lagares vecinos con sus pañuelos de seda asomando por todos lados; sacristanes; acólitos; la Virgen con su manto cayendo de la corona hasta el suelo; y detrás de la manga de la parroquia, entre cuyo fleco se ocultaba la cabeza del monaguillo, sin orden, sin concierto, procurando cada uno ir lo más cerca de la imagen, mezclábanse beatas, con el breviario bajo el manto color de ala de mosca; viejas con cuatro vueltas de rosario á la muñeca; impedidos dando cojitrancadas y pidiendo un súbito milagro á la Patrona; zurcidoras de

voluntades que se amparan en la religión para que no se vean sus pecados en la penumbra de los templos; viudas pidiendo marido flamante sin los defectos del primero; mozas demandando novio á golpe de pecho; adúlteras implorando valor para el momento de tropezar con los ojos del amante, y cuantas personas tenían pretensiones mundanas ó divinas, pecados terrenales ó aspiración á místicos favores.

En la sombra de la noche parpadeaban las luces de los cirios esparcidos á lo largo de la calle.

Los rostros mostraban por un lado el resplandor rojizo de las velas, dejando el otro en la sombra, como esas caras que vemos en los cuadros antiguos.

Nadie osaba decir palabra que alterase el orden de la marcha, nadie rebasaba el límite de la prudencia, temeroso de provocar el conflicto.

Había de suscitarse, sin embargo, y el

cohetero fué quien hizo encenderse los ánimos, bien en la creencia de que sólo produciría alegre y atronadora algazara.

La causa fué un cohete ratero lanzado donde mayor era el número de gente.

Escupiendo su furioso chorro de chispas, y una vez dueño del aire, se metió en tales figuras geométricas y describió tales brincos y saltos, que no quedó falda de beata, guarnición ó volante de moza, chaqueta de mozuelo y hopalanda de monaguillo que no chamuscara á su paso, produciendo los empujones, gritos y disputas consiguientes.

Una de ellas se entabló entre dos partidarios distintos de los amores de Rosalía.

Pisó uno al otro en medio de la oleada de gente, y el ofensor, sin que pudiera evitarlo, dejó chocar su mejilla con la mano callosa del primero, no habiendo necesidad de más aviso en cuantas personas componían la procesión.

Quien se haya imaginado el momento culminante de una batalla, quien haya entrevisto con la fantasía el remolino de piernas, brazos, cabezas, escorzos violentos y actitudes extrañas de un revuelto combate, podrá formarse idea de lo que aconteció después de la bofetada.

Como reguero de pólvora corrió la detonación, repetida por otras muchas, y cada figura perdió su puesto, cada luz se agitó con movimiento automático, cada estandarte y cada manga se inclinaron como empujados por una racha de viento, y todo perdió postura y equilibrio.

En el fondo de la noche producía fantástico efecto ver elevarse las rojizas luces y caer produciendo detonaciones de cuerpos golpeados.

Cada figura, con el cirio puesto en alto, daba palos horribles que arrancaban gritos y blasfemias.

Revoleaban en el aire los faroles, y un

desgajarse de cristales indicaba el golpe descargado.

Aquello era una lucha celebrada en las tinieblas, de las cuales salían respiraciones fatigosas, resuellos producidos por manos que oprimían rudas y tenaces las gargantas.

La imagen en tanto, temblequeando entre sus adornos, ramos y guardabrisas, presidía el espanto de las mujeres, que juntaban las manos y las elevaban hacia ella.

Las más consternadas se hincaban de rodillas y rezaban á grito herido, como en las grandes catástrofes de la vida.

Toda esta confusión, todo este estruendo corría á lo largo de la calle, que tenía de un lado el mar y hacía resaltar sobre él posiciones y figuras.

La claridad del alba empezaba á teñir de una delicadísima claridad el cielo y dibujaba sobre el fondo la batalla.

Á aquel reflejo leve se destacaban vagamente las figuras como un dibujo negro que

careciera de líneas y contornos. La confusión bullía semejante á una gran sombra en el horizonte.

Brazos en alto, cuellos torcidos, piernas abiertas, cabezas desgrenadas con algo de furia, diseñábanse sobre la línea de azul que vertía purezas en el cielo.

Nadie profería palabra donde la lucha se componía sólo de hombres.

En silencio caían los tremendos cirios en hombros y cabezas. Sin otro ruido que el de la cristalería saltando en mil pedazos, daban los parpadeantes faroles en espaldas y pechos, arrancando ahogados gemidos.

Sobre el lienzo del mar veíase á veces quedar dos figuras solas en un perdido espacio: se agarraban, se impelían, hacíanse una sola fusión de sombra, y juntas daban en tierra, para que pasaran otras cien y otras cien sobre ellas sacudiendo broncos cintarazos.

Jamás pincel alguno pudo seguir el mo-

vimiento y sorprender los miles de detalles de cuadro tan profuso. La pluma que posee el color, la línea, el rasgo escultórico y la armonía, es sólo capaz de producir tantas sensaciones por segundo y deslumbrar los ojos con riqueza tan extraordinaria y hermosa.

La última fiesta de las que componían el programa de la Virgen, la postrera ceremonia con la que habían de cerrarse las fiestas, se había convertido en batalla colosal, en campamento donde se disputaba á farolazo limpio y á cirio batiente, acabando con la misma confusión y atronadora algazara del célebre rosario de la Aurora.

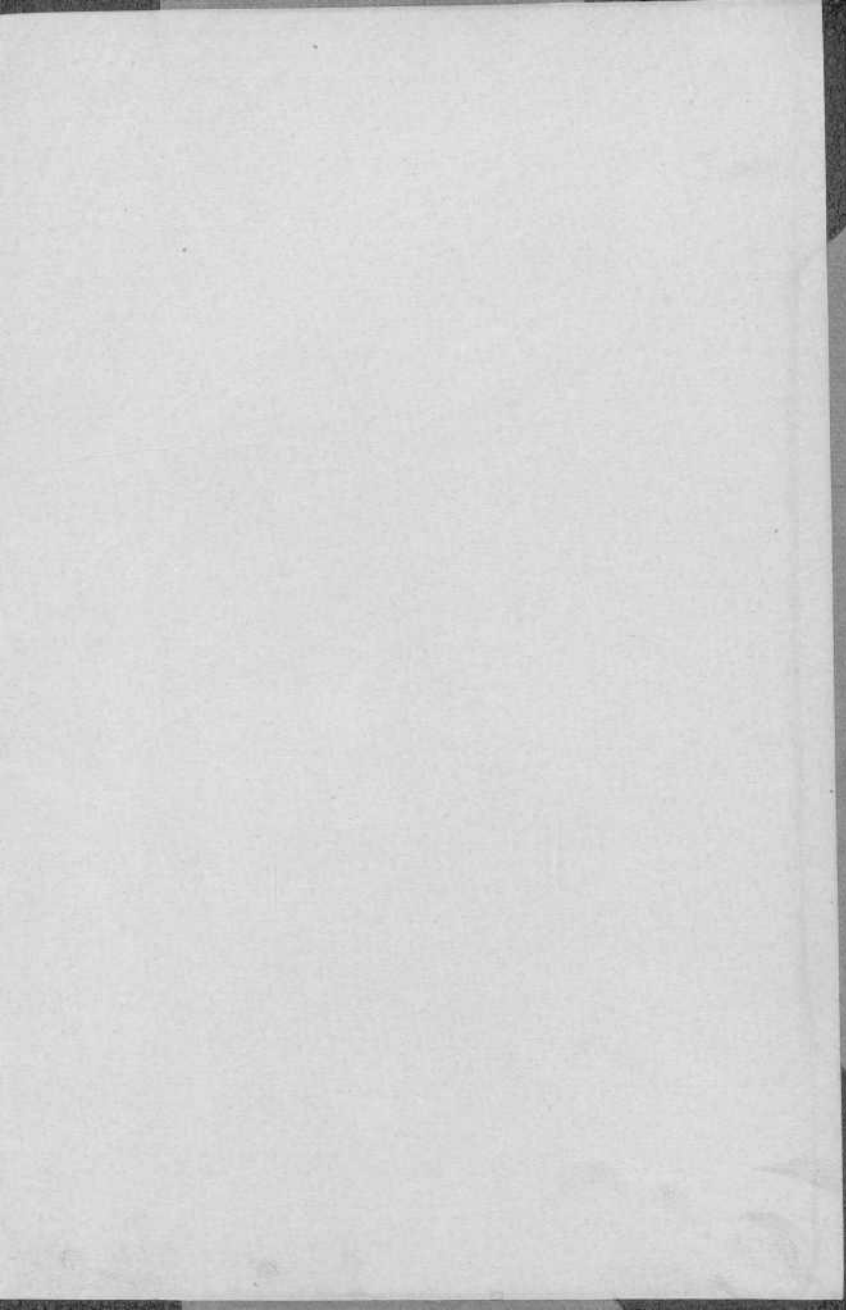
FIN DE LA NOVELA

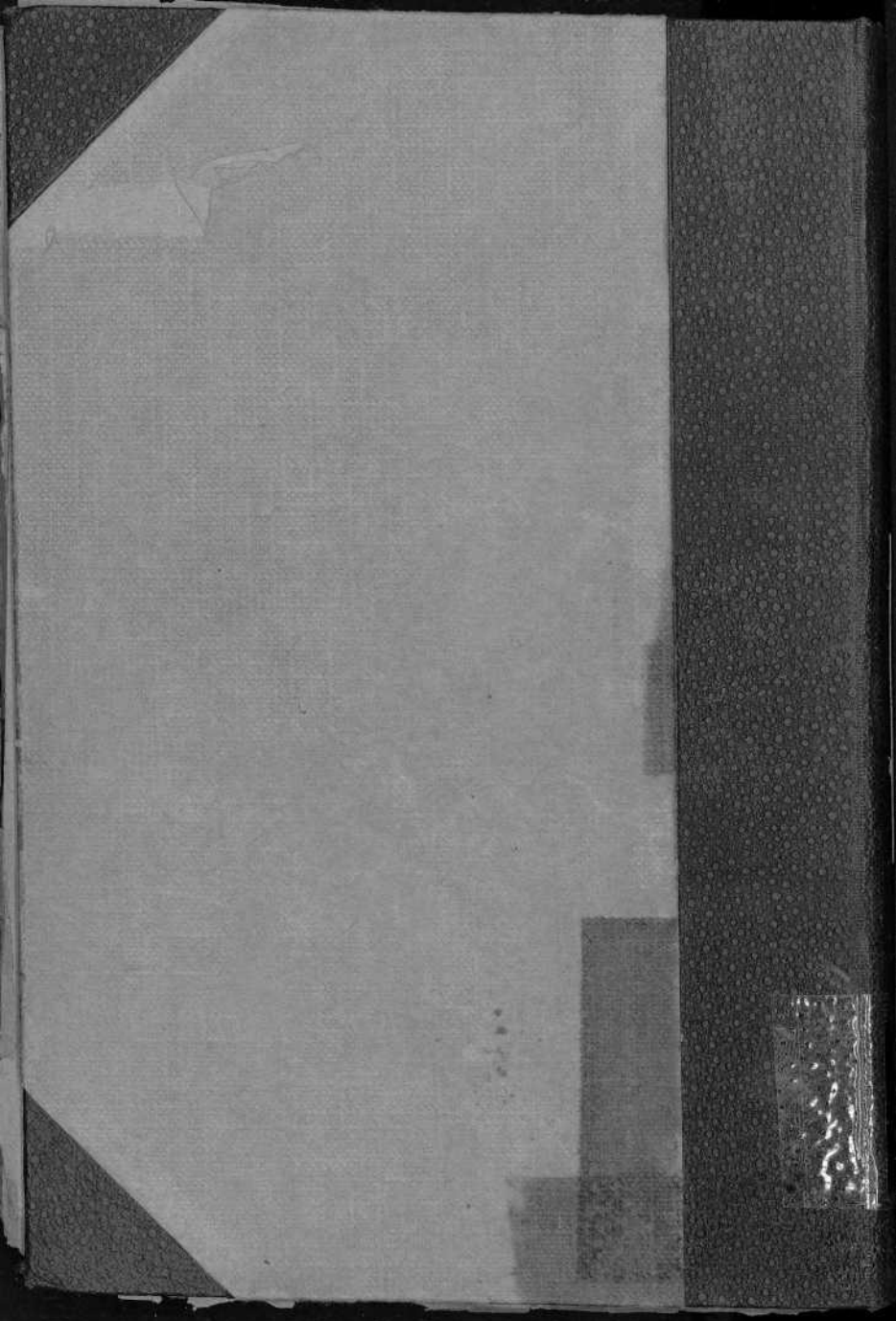
Madrid 19 Marzo 1890.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.—Á tientas.....	7
II.—Pelando la pava.....	23
III.—El adiós de la parranda.....	35
IV.—Yo pecadora.....	49
V.—Limpieza general.....	63
VI.—Buscando amores.....	71
VII.—El caballo á la reja.....	91
VIII.—Gaviotas y lágrimas.....	107
IX.—Contra viento y marea.....	121
X.—La conjura.....	141
XI.—Murmuración en la iglesia.....	153
XII.—Confidencia.....	165
XIII.—Desfile.....	175
XIV.—Sermón.....	185
XV.—¿Porra aentro, ú porra afuera?.....	193
XVI.—Preparativos de un lance.....	197
XVII.—Despedida.....	211
XVIII.—El último adiós.....	219
XIX.—El sacorio.....	227
XX.—El rosario de la Aurora.....	243





91
FAN
XIX

LAUREJA